

# La Ilustración Artística

AÑO XII

← BARCELONA 20 DE FEBRERO DE 1893 →

NÚM. 582

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA VIRGEN NEGRA, cuadro de Pablo Quinsac



**Texto.** - *Crónica de Arte*, por R. Balsa de la Vega. - *Exposición americana en Madrid. La expedición Hemerway en las salas de los Estados Unidos*, por Eduardo Toda. - *Sueños que matan*, por José de Roure. - *En las mejillas*, por José Fernández Amador de los Ríos. - *Nuestros grabados*. - *Cargo de conciencia* (continuación), por Juana Mairé. - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *La cronofotografía. Nuevo método para analizar el movimiento en las ciencias físicas y naturales.*

**Grabados.** - *La Virgen negra*, cuadro de Pablo Quinsac. - *Exposición americana. Sección de los Estados Unidos. Expedición Hemerway* (de fotografía del Sr. Compañy). - *San Sebastián*, copia del celebrado cuadro de G. Bazzi, llamado «el Sodoma». - Diploma concedido á los expositores premiados en la Exposición de Industrias artísticas, dibujo de J. L. Pellier. - Medalla de oro concedida á dichos expositores que han sido premiados con esta distinción, acuñada y vaciada por los Sres. Castells y Beristain. - *Sepelio de Mr. James G. Blaine en el cementerio de Oak Hill (Washington)*. - *Mister James G. Blaine en su lecho de muerte*. - *Otra Margarita!*; *Exvoto; Día feliz*, cuadros de Joaquín Sorolla. Exposición internacional de Bellas Artes de 1892 (de fotografía de Nicolás Capdevilla). - *El sombrero de tres picos*, cuadro de José Carbonero. Exposición internacional de Bellas Artes de 1892 (de fotografía de Nicolás Capdevilla). - Tres grabados referentes á la cronofotografía. - *Vista general de Vigo*.

### CRÓNICA DE ARTE

Silencio profundo, marasmo inmenso, algo como somnolencia de un organismo debilitado por escenas de actividad ó por luchas intelectuales gigantescas, superiores á su potencia psico-física, tal es el estado del arte español en estos días.

A las batallas de todo género libradas en el año de 1892, sucedió mortal quietud. Maltrechas las huestes tradicionalistas, rendidas las que combatieron frente de la tradición, casi fracasado el esfuerzo hecho para romper lanzas en el palenque del último certamen internacional de Bellas Artes, las gentes artísticas miran recelosas las probabilidades de una lucha nueva. Los vencidos temen á otra derrota, los vencedores no cuentan con alientos suficientes para tentar de nuevo la victoria, desamparados como hoy se encuentran de poderosas fuerzas que lidiaron por ellos con denuedo. Tal, repito, es en la apariencia el estado del arte español. Pero en el fondo, allá en la intimidad de las colectividades y personalidades beligerantes, es otra cosa. Las luchas son más encarnizadas que nunca. No se trata tan sólo de defender lo que cada cual tiene ó pretende tener entre las uñas; se trata de acaparar prestigios á costa de prestigios, de imponer criterios á roso y belloso, de rematarse en fin, no apoyándose ¡ay! en ideas y obras, sino en razones de disputa y en orgullos de particulares, no de artistas.

Cuando todavía resuenan los chasquidos del látigo con que la opinión pública y la crítica les fustigó; cuando el imperio de una decadencia cuyo fin no se adivina, les anula; cuando amenazan los bárbaros civilizados arrollar por entero el arte latino, disputándole el puesto que por tantos y tantos siglos ocupó en el alto concepto de la vida espiritual; cuando se litiga en las naciones cultas en favor de la independencia de las manifestaciones artísticas oponiendo el individualismo á las metafísicas doctrinales de todo género de escuelas, aquí disputan esos artistas empecatados que tan mal lo hicieron en el reciente torneo las escasas y últimas prerrogativas que todavía prestan galvánica vida á corporaciones muertas ya, ante la cultura y los ideales nuevos, tratando de alzarse ellos con otro poder y con otra autoridad, imponiéndose por la audacia, no por el valer propio.

Pero no es la culpa toda de esas gentes, es... ¡cuán terrible y cansado repetirlo! de nuestros gobernantes, de nuestros ministros de Fomento, los cuales, distanciados por completo del medio artístico, sin criterio alguno, obran empíricamente y caen al cabo en lo absurdo. Tal fué la Real orden dictada para elegir tribunal que excogitase las obras que de pintura y escultura habrán de figurar en la Exposición colombiana de Chicago.

En honor de la verdad, debo decir que gran número, la mayor parte de los artistas que figuran como socios del círculo de Bellas Artes, tuvieron la honra, con tan mal acuerdo dispensada á aquella sociedad por el Sr. Moret, encargándole del espinoso cometido de admitir ó rechazar cuadros y estatuas, como honor perfectamente perjudicial y además ajeno al espíritu de una asociación cuyo fin es el de aunar voluntades y atraer artistas, único medio de hacer mercado en Madrid. Sin embargo, prevaleció el criterio de unos cuantos deslumbrados por el honor recibido y... se rechazaron obras de Muñoz Degraín, del maestro que

cuenta medallas de oro en mayor número que de bronce todos los individuos del tribunal artístico; del paisista recientemente laureado con primer premio Morera, de ¡qué sé yo cuántos otros! El descontento se acentuó; hubo una reunión magna y allí estallaron como bombas los improperios... La academia de San Fernando por su parte, según me manifestaron varios académicos, dirigió un oficio al ministro de Fomento, pues el jurado libre eligió ó pretendió elegir - que esto todavía no está en claro - las obras del Museo Nacional que debían remitirse á los Estados Unidos, y á estas alturas no sabe nadie, excepción hecha de ciertas personas, si se anula lo hecho ó si al cabo prevalece.

Otra lucha sorda es la que, á propósito de ciertos tiquismiquis oficinescos, se le está haciendo al escultor Querol, con motivo del dictamen emitido por la Academia respecto del modelo definitivo del frontón de la nueva Biblioteca. Yo, que he leído dicho documento, puedo afirmar que á vuelta de censuras, los inmortales del arte reconocen grandes méritos en la obra del escultor tortosino y concluyen diciendo: «Con las reformas que crea convenientes el autor, la obra puede reproducirse en el mármol.» En vano he tratado de explicarme las detenciones que está sufriendo el expediente en Fomento y el insistente rumor de un absurdo que no me atrevo á estampar. Quizá en el próximo artículo dé noticias interesantísimas respecto de esto y del final que haya tenido para entonces la batalla primera. Será otra *Crónica*. Me figuro, por los barruntos, algo estupendo, algo que serán platos rotos pagados por el arte y el buen sentido. ¡Ojalá me equivoque!

Y á todo esto, los modelos en yeso de las estatuas decorativas de la Biblioteca allí están, sufriendo á la intemperie los desgastes y roturas naturales de la liviana materia de que están hechas; y los artistas esperando pacientemente á que se resuelva el Estado á cumplir el compromiso con ellos contraído, devolviéndoles esos modelos para reproducirlos en mármol y cobrar sus estipendios. ¿Cuándo será eso? Por las trazas me figuro que aún tardará el día.

\* \*

Querol, á pesar de los contratiempos que le proporciona el frontón, trabaja - valga el vulgarismo - como un descosido. Además del infinito número de bustos-retratos que hizo y hace, prepárase á reproducir en mármol el relieve titulado: «San Francisco de Asís curando á los leprosos;» está dando los últimos toques de palillo al modelo á todo el tamaño del monumento que en la Habana habrá de erigirse á los bomberos muertos en memorable incendio; terminó otro grupo que le encargó la República mexicana, en el cual representa al P. Las Casas amparando á unos indios, y en estos días se ocupaba también en el boceto de una estatua de Colón para la República de Santo Domingo, si no recuerdo mal. Estos dos trabajos que cito últimamente no pasan de la categoría de bocetos, aun cuando bastante detallados.

Al hablar de Querol viénesse á la memoria el nombre de mi querido amigo el insigne escultor Mariano Benlliure. De este artista contará pronto la villa y corte una nueva estatua; la de María Cristina, cuyo pedestal está casi terminado. Alzase frente al nuevo edificio de la Academia de la Lengua, al museo y parque de artillería y al restaurado *Casón* hoy museo de reproducciones. Si viviera la última mujer de Fernando VII no se quejaría de la compañía ni del artista que le cupo en suerte eternizarla en el mármol. No fueron tan felices el gran Cervantes ni el inmortal Velázquez.

Otra estatua se erigirá pronto en Santiago de Galicia á un prelado, al cual hizo célebre la fundación que en favor de sus innumerables parientes instituyó al morir. Me refiero al prelado Figueroa. Por si algunos de mis lectores ignoran los fines de la mencionada fundación, dire: Inmensamente rico el arzobispo Figueroa (gallego) dispuso que las rentas de su capital se empleasen en dotar á las jóvenes de su parentela y en costear carreras á los hombres. La administración de los caudales corre á cargo de un consejo - también de individuos de la familia. - Esta fundación cuenta, si no estoy equivocado, cerca de un siglo de existencia.

Los *figueristas* agradecidos tratan de erigirle una estatua, y el escultor que realiza la obra es también figuerista y no desconocido ciertamente de los lectores de LA ILUSTRACIÓN. Llámase Vidal y Castro: la capital aragonesa ostenta una escultura de este artista, la estatua de *Lanusa*.

Hace pocos días vi el modelo de la de que vengo ocupándome. Sobre un pedestal del Renacimiento, sumamente sencillo, yérguese la figura del purpurado, vistiendo el amplio traje litúrgico de seda y en actitud de entregar los documentos de la fundación, los cua-

les tiene en la mano derecha; en la izquierda llevará un libro. El principal escollo, á mi entender, con que tiene que luchar el artista es puramente psíquico. En la parte plástica la abundancia y ampulosidad de los paños, en el modelo discretamente (1) interpretados, simplifica las dificultades, que ante las otras son de menor cuantía. Corre el riesgo el Sr. Vidal, si no estudia con amor el personaje, de que éste resulte por lo menos frío y sin carácter.

Pronto tendrá España - si como espero no se enfría el entusiasmo - la gloria de elevar una estatua á una escritora ilustre, poco conocida de su patria, pero admirada y acatada como autoridad indiscutible en materias penales en toda Europa. Me refiero á mi ilustre paisana Concepción Arenal. Será, pues, la primera efígie que contemos de una mujer que alcanza la perdurable gloria sin haber sido reina ni estar canonizada y tan sólo por los méritos de su genio.

Si de algo vale mi opinión, la estatua debe ser sedente. Hay dos razones para sostener este parecer: la primera, puramente estética; la segunda, de carácter simbólico. Estética porque vistiendo como vistió siempre la ilustre autora de *Cartas á un señor modestísimamente*, no podrá el escultor ofrecer una silueta artística, elegante, ni caracterizar como debe ser caracterizada la eximia escritora. Dada la indumentaria femenina de la clase media, en su aspecto vulgar, esto es, una falda lisa y un jubón ó cuerpo, aun cuando éste sea ancho, ofrecería la estatua la silueta de un cono mal trazado, y vestir la efígie con traje de gran cola y abrigo ampuloso, además de quitarle carácter á la figura, trasunto fiel de la pensadora ilustre, pronto las variantes de la indumentaria femenina harían ridícula la estatua. Porque en esto del vestido mujeril, solamente ciertas y determinadas épocas históricas lograron el triunfo del arte amalgamándole con el carácter de las sociedades; resultando que, para rehuir el escollo dicho del ridículo, el artista - ejemplo, Benlliure en la estatua mencionada de María Cristina - recurrió al histórico manto, el cual envuelve en sus grandes pliegues la figura. La razón segunda, ó sea la que yo digo simbólica, es también importantísima á mi juicio. Representando sentada á la gran publicista, además de quedar á salvo la estética, da idea del reposo necesario al pensador, rodeándole de un ambiente de quietud aparente, plástica, y ofrece medios al artista para determinar la característica de la estatua por medio de la expresión del rostro y de algún objeto apropiado que *componga*, y perdónenme el uso de este barbarismo técnico.

\* \*

Mi querido amigo el antiguo escritor y periodista, Director general de Administración de Filipinas y discípulo que fué del maestro Casado, Angel Avilés, ingresó el domingo 6 del actual en la Academia de San Fernando como individuo de número de aquel cuerpo consultivo. Su discurso de recepción, que *versa* (puesto que está impreso) acerca de la *acuarela*, es modelo de oraciones por la galanura del lenguaje y por la frescura y espontaneidad de su estructura; parece una «acuarela,» así como su hermosa obra *El Retrato* es un cuadro al óleo, castizo y serio. Al recabar para el procedimiento que ensalza la gloria de haber aportado la luz á la pintura moderna, dice así: «La acuarela ante todo y sobre todo es luz. Y será preciso, señores académicos, hablar aquí de la suprema importancia que en las artes del diseño, en la pintura especialmente, tiene la luz? Mejor que yo lo sabéis vosotros, y admirablemente lo ha dicho un legislador de la estética, el profundo Hegel. En la escultura y la arquitectura - escribe - hácese visibles las formas mediante la luz externa; en la pintura, por el contrario, la materia, obscura por sí misma, tiene en su seno el elemento interno, su ideal: la luz.

»Los divinos resplandores que en las artes plásticas y gráficas constituyen el alma y la vida, influyen también, aunque por concepto más subjetivo, en la poesía misma. Recordad, si no la invocación grandilocuente con que Milton abre el libro III de su incomparable poema *¡Salve, sagrada luz, hija primogénita del cielo, destello inmortal del eterno Ser!*

»Pues bien, señores: yo entiendo y creo firmemente que, por su historia y sus condiciones, la *acuarela* ha sido para la pintura un esplendoroso *fiat lux!*»

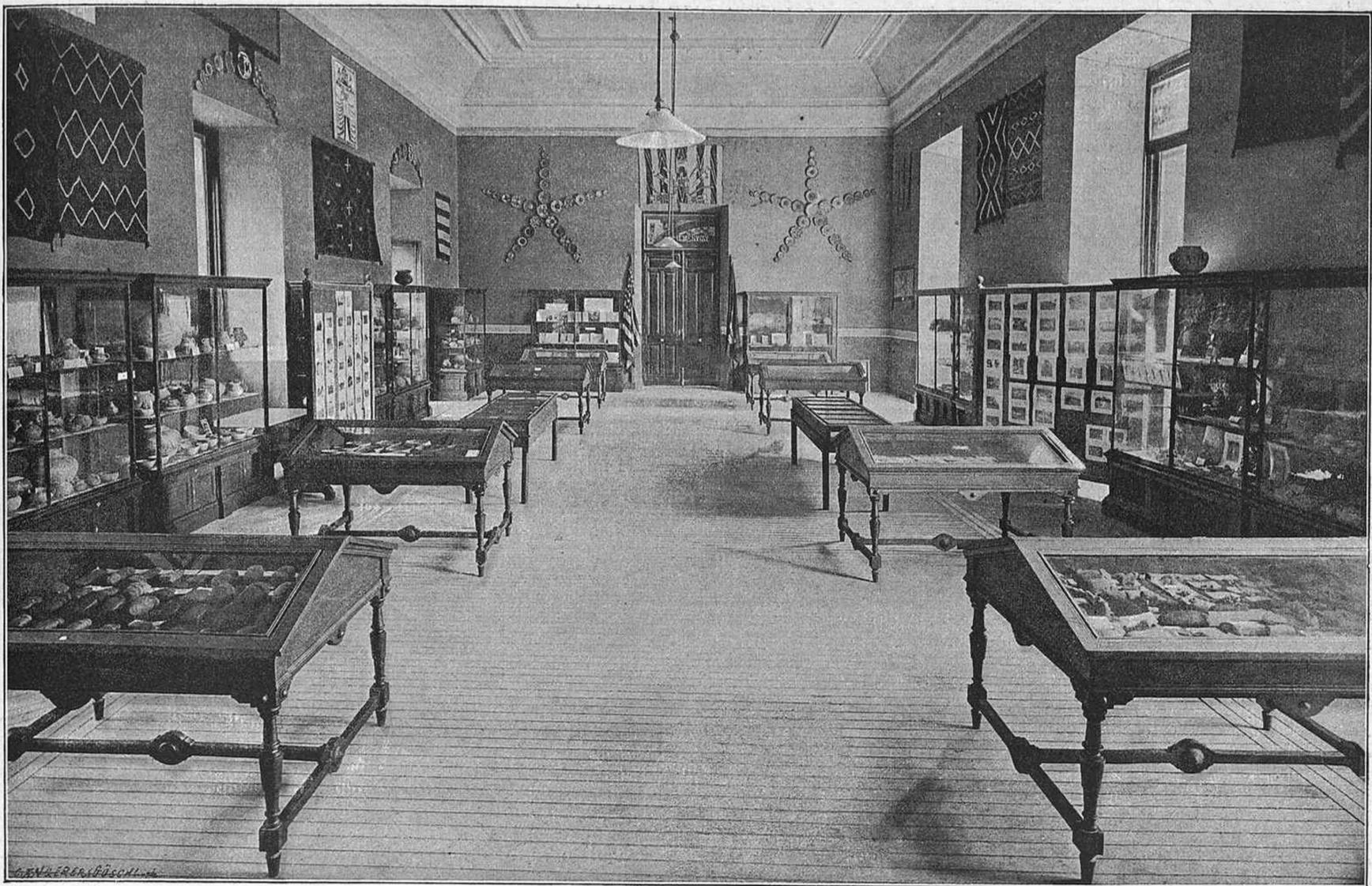
\* \*

Mañana, 14 de febrero, tendré la satisfacción de estrechar la mano del infortunado autor del *Expoliarium*.

R. BALSA DE LA VEGA

Madrid, 13 de febrero de 1893.

(1) Perdóneme el eminente crítico *Clarín* si á pesar de la filípica que indirectamente me endilgó con motivo del número extraordinario de *El Liberal* dedicado á la Exposición de Bellas Artes, sigo creyendo que hay obras *discretas*.



EXPOSICIÓN AMERICANA. - SECCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS. - EXPEDICIÓN HEMENWAY (de fotografía del Sr. Compañy)

EXPOSICIÓN AMERICANA EN MADRID  
LA EXPEDICIÓN HEMENWAY  
EN LAS SALAS DE LOS ESTADOS UNIDOS

La última de las salas de la Exposición norteamericana ha sido dedicada exclusivamente á los objetos procedentes de las investigaciones hechas entre los pueblos Ho-pi, merced al generoso desprendimiento de una ilustre dama de Boston, la señora Mary Hemenway, que hace años dedica su capital y sus esfuerzos al estudio de aquella casi extinguida raza occidental del Arizona.

Es la última de las salas, por su situación en el palacio de Recoletos; pero no lo es ciertamente por la importancia de los objetos que contiene, pues en ella mejor que en otra alguna pueden estudiarse en su completa plenitud los caracteres arqueológicos y etnográficos de los Ho-pi, los indios más primitivos y sedentarios que actualmente habitan la parte meridional de los Estados Unidos, limítrofe á la República mexicana.

La Comisaría americana, única que hasta la fecha ha completado y dado á luz los catálogos parciales de todas sus instalaciones, ha dedicado un extenso cuaderno á la expedición Hemenway, explicando primero las razas que investiga y los territorios en que tienen asiento. La patria de estos indios Ho-pi es casi el desierto. Habitan la provincia de Tusayán, situada en la parte Nordeste del moderno territorio del Arizona, junto al gran cañón del Colorado. Descubrieron esta región los primitivos conquistadores de México, y de ella tenemos algunas descripciones en los relatos de las antiguas crónicas españolas. La provincia forma una extensa llanura, elevada cerca de siete mil pies sobre el nivel del mar, de terreno árido y estéril, surcada por cañones y cubierta de mesetas que cortan profundos precipicios. Los ríos de la comarca muestran en verano sus secos cauces, pero en invierno se convierten en impetuosos torrentes, merced á las fuertes lluvias de la estación. La vegetación es pobre, y escasa es, por lo tanto, la vida en la región que no recorren los bisontes y que sólo sustenta á algunos lobos, zorras y conejos.

Estas condiciones de existencia han limitado el desarrollo de la raza Ho-pi, pues sólo cuenta ahora unos dos mil individuos, distribuidos en siete pueblos que edificaron en las cumbres de las mesetas. Son curiosos sus nombres: se llaman Wal-pi, Si-tcum-o-vi, Te-wa, Mi-coñ-in-o-vi, Ci-mo-pa-vi, Ci-pau-lo-vi y Orai-bé. Sus edificios son de piedra, y algunos tienen

tres y cuatro pisos, que se comunican por medio de escaleras de mano.

Esta raza india conserva su antigua religión, formada por un extenso panteón de dioses y héroes, pero sin tener ningún dios superior á sus compañeros. Sus divinidades pertenecen á órdenes distintos aunque tengan uniforme jerarquía, siendo las más consideradas la nube de agua, el sol, las estrellas, la superficie de la tierra y el dios germen. La gran serpiente cubierta de plumas es entre aquellos indios un ser de gran importancia, como veremos luego.

A aquellos altos riscos llegaron también las creencias cristianas, importadas por nuestros misioneros desde la época de los albores de la conquista. Y la lucha religiosa se encendió en la comarca y ha dejado ésta llena de ruinas. Uno de los pueblos antiguos, llamado A-wa-to-bi, es decir, *sitio alto de la multitud*, recibió en su seno á los apóstoles de Jesús y vió á sus hijos convertirse á la nueva fe. La ciudad era rica, floreciente y poderosa, tanto que en época de la conquista, el capitán Vargas hubo de enviar á ella fuerzas muy numerosas para combatirla. Sin embargo, en los decadentes días del siglo XVII los indios de las demás poblaciones se sublevaron contra los renegados de su fe, despeñaron á los misioneros cristianos desde lo alto de las mesetas á los abismos sin fondo de sus precipicios y atacaron, rindieron y destruyeron por completo á la ciudad apóstata.

Desde entonces nadie ha molestado á los Ho-pi en el pacífico ejercicio de su culto. Sencillos y sobrios, no aceptan ni practican la poligamia y tienen por la mujer el respeto que infunde la igualdad de clase. A las mujeres, que no se venden y que son las compañeras del hombre, pertenece la propiedad de las casas y de los muebles y utensilios que encierran: ellas fabrican los objetos de barro, tejen los cestos y toman parte en las faenas del campo. Los hombres se distinguen por su carácter industrial, inteligente y religioso. Todos ejercen algún sacerdocio, están afiliados á alguna cofradía ó tienen la iniciación en algún misterio santo. Su religión está constituida por un complicado sistema de ceremonias y ritos que se repiten sin parecerse, ya que varían en cada uno de los meses del año. Nueve días al mes se consagran á estas prácticas religiosas, iniciadas en el secreto de los santuarios *Kib-vas* donde los mortales no penetran, y concluidas en los bailes públicos á que todos se entregan con singular regocijo.

Sumariamente descrita la raza india revelada en esta parte de la Exposición, vamos á ocuparnos de

los objetos que llenan su sala. Ascienden éstos á 468, además de algunos sueltos y de las 57 fotografías instaladas en la vitrina central.

El número 1 es un triste recuerdo de las misiones cristianas de Tusayán: consiste en un fragmento de la campana de la iglesia de A-wa-to-bi, incendiada en el año 1700 y reducida hoy á informe masa de ruinas.

La industria de los Ho-pi está representada por varios objetos. Bajo el número 3 figura una colección de leznas de hueso, cuchillos y agujas, que datan de dos ó tres siglos y debían servir para hacer tejidos. En el número 6 se ven unos palos encorvados, tallados en ángulo muy abierto, que arrojados con cierto arte adquieren gran velocidad: sirven para cazar conejos, y bien demuestran su objeto las pinturas negras que algunos tienen, representando á conejos corriendo. Instrumentos parecidos tenían los antiguos egipcios para cazar las gacelas, chacales y otros animales que vivían en los confines del desierto. Las carcerías de conejos se organizan entre los Ho-pi con gran solemnidad, y aún parecen revestir cierto carácter religioso, pues al regresar los expedicionarios á sus hogares con el producto de la caza, adornan á los conejos, y después de salpicarlos con harina les cortan una parte del cuerpo para echarla al fuego. En el número 9 hay también una colección de flechas empleadas para la caza.

Aquí figuran todos los objetos necesarios á la vida de los indios. Vese la *manta de las ceremonias*, tejida con algodón y adornada con figuras, que nunca falta entre los regalos de boda que el marido hace á la desposada; las cestas embreadas que sirven para llevar alimentos ó agua de un punto á otro; los zapatos de varias clases, entre los cuales se ve un par hecho con piel de gato multicolor (*felis concolor*); las cucharas de cuerno de cabra montesa, y cien otros utensilios que llenan las sencillas necesidades del indio y de su hogar.

Más importante es la colección de objetos religiosos, de útiles destinados al culto ó empleados en las infantiles ceremonias sagradas del pueblo Ho-pi. Los productos del suelo tienen gran representación en estas ceremonias: así el tabaco, que se fuma en pipa, simboliza con las nubes de humo que despiden la ofrenda hecha á los dioses de la lluvia, siempre que haya sido encendido en la lumbre del altar ó en la mecha *pi-lan-ko-ku* cuando se celebra la fiesta de la luna de diciembre. Las tablillas de sauce llamadas *paho* y polvoreadas con harina forman la ofrenda dedicada á todos los dioses de los cuatro puntos car-

dinales, que se deposita en los altares al marcharse los dioses después de las fiestas de la luna de agosto; y si el *paho* es encorvado, se ofrece al rayo, que en opinión de aquellos indios fertiliza la tierra y engendra la vida. La mazorca es considerada como hembra de la serpiente y atrae las nubes a la tierra para fertilizarla con la lluvia. La harina, consagrada por medio de ciertas fórmulas, es eficaz preservativo contra las mordeduras de las serpientes venenosas y culebras que los sacerdotes van a buscar para sus ritos. La flor del girasol adorna la cabeza de las vírgenes en el *kacina* ó baile del maíz, simbólico del crecimiento de las cosechas.

Los animales desempeñan también funciones muy trascendentes en aquellos ritos. A la gran serpiente se consagra un baile en el cual aparece el reptil cubierto de plumas y dibujos simbólicos de patas de ganso y de rana, y en torno suyo danzan los sacerdotes, envueltos en mística manta de algodón, adornados los brazos con aros de metal, cubierta de plumas la cabeza, en la cintura una piel de mamífero y en bandolera otra tira de piel de gamo con el antídoto que preserva de mordeduras venenosas. Esta gran serpiente simboliza un antiguo héroe que, guiado por el sol, visitó el interior de la tierra, y en su honor se celebra cada dos años el baile antes mencionado, llamado *Manazanti*, que dura nueve días y nueve noches, tomando parte en él dos hermandades de sacerdotes, la de la serpiente y la del antílope. Durante siete días las ceremonias de la danza se celebran secretamente en uno de los subterráneos de los templos llamados *Kib-vas*, y en ella los indios se dedican a coger culebras venenosas, que bañan luego, y a preparar el antídoto contra sus mordeduras. En el noveno día los celebrantes aparecen en público, llevando dentro de la boca culebras vivas, que luego sueltan en los campos. Todas estas ceremonias se celebran en nuestros días con el mismo fausto y aun añadiré con idéntica fe que en los días anteriores al descubrimiento colombino.

La zorra presta su piel a cuantos toman parte en los bailes religiosos. Otro de estos bailes se celebra en honor de la mariposa, símbolo también del sol, de las nubes y de la cosecha del maíz. Las conchas de las tortugas, las pezuñas de las ovejas y los colmillos de varias fieras tienen entre los indios Ho-pi casi idéntico significado que en los pueblos asiáticos de credo budístico, es decir, sirven de adorno y de amuleto preservativo de muchas enfermedades.

Desde el número 63 hasta el 102 de esta curiosa colección se exhiben una serie de muñecos, adornados con simbólicos trajes y peinados, que permiten en muchos de ellos reconocer a los dioses del panteón Ho-pi, y en otros ver a los personajes que concurren a las ceremonias religiosas. Estos muñecos, hechos con raíces de algodonero, son regalados a las niñas en la fiesta de la *Nimán* ó despedida. Cúbrenlos a veces pieles de zorra, y están pintados con los colores representativos de los cuatro puntos cardinales, ó sean el ocre amarillo, el rojo, el verde y el blanco. Describiré los que creo más importantes.

La *Salikoma* es el ser que proporciona las semillas a los indios. Se la supone mujer de *Saliko*, el que inicia a los jóvenes en las prácticas del sacerdocio, y tiene en la cabeza un peinado en forma de escalera para significar las nubes, y alrededor de la boca varias líneas curvas que representan el arco iris.

*Saliko* es también el dios del maíz, y está representado por un gigante, adornándose con el manto de boda recamado de mariposas, dos cuernos en la cabeza y una corona de plumas de águila.

El *Talavipiki* es el dios del rayo, bien comprensible con el haz de relámpagos que lleva en cada mano.

El *Sib Humis* es otro dios del maíz verde, cuya fiesta se celebra en los meses de julio y agosto. Esta divinidad no es propia de los indios Ho-pi, habiendo sido introducida en su panteón por los de Tusayán, quienes a su vez la tomaron de Zuñi.

Varios muñecos representan a los llamados *sacerdotes glotones*, ministros de carácter indefinido que cuentan larga existencia en aquel rito y que parecen consagrados exclusivamente al culto de los vicios. Ejercen en secreto prácticas inmorales, y en las fiestas públicas se presentan ebrios, comiendo con exceso y divirtiendo al pueblo, que los desprecia é insulta.

Finalmente, la expedición Hemenway de que nos estamos ocupando exhibe en varias vitrinas los productos de la cerámica de los indios Ho-pi y de Tusayán. En sus muestras se ven productos antiguos y modernos: todos están fabricados a mano y revelan escaso arte, que aún va en decadencia en nuestros días. Comprenden, como puede suponerse, los utensilios diversos que el uso doméstico requiere, y sólo se ven algunas formas de vasos y jarros para el servicio de los altares.

EDUARDO TODA

## SUEÑOS QUE MATAN

Los marqueses de Valleflorida son felices; todo lo felices que se puede ser en esta vida misérrima. Y no es caso raro ni extraño el de su felicidad, sino natural y lógico.

Pertenecientes a una de las estirpes más linajudas de la aristocracia española, unidos ya por vínculos de parentesco y profesándose afecto mutuo, quisieron, cuando estaban en las lindes de la edad madura, unirse también por el lazo del matrimonio, y la bendición de un sacerdote ató aquellas dos voluntades y fundió en una sola aquellas dos almas.

La juventud con sus explosiones de entusiasmo, con sus arrebatos y sus perspectivas risueñas, con su actividad de fiebre, su mariposeo incesante y sus anhelos insaciables, había pasado para ellos rápida y dichosa, como pasa la brillante aurora de un día sereno, dejando primero en el horizonte ráfagas de fuego, y más tarde en el alma un recuerdo lleno de poesía y encanto que va borrándose, borrándose y se desvanece al fin en una noche preñada de misterios y lobregueces.

Desde el comienzo de su vida marital vivieron en paz y en sosiego perpetuos, siendo su hogar honrado templo de todas las virtudes.

Conservaban ambos la fe tradicional de sus abuelos, y eran dichosos en aquel paraíso sin serpiente de la calle Mayor, donde tenían su palacio.

A veces, horas y horas permanecían el uno al lado del otro; las pequeñas manos de la marquesa, suaves como la seda, entre las de su marido; ambos callados y mirándose, mirándose con afán, con codicia, como si en aquella mirada larga, insistente, pusieran toda su alma y concentraran toda su vida.

Pasaron algunos años sin que nada alterara la existencia dulce y tranquila de estos esposos, que se adoraban y que veían transcurrir el tiempo como si un sueño de color de rosa les embargara el espíritu. Pero llegó un día en que el vetusto palacio de Valleflorida apareció transformado, rota la normalidad de su existencia monótona y pacífica.

Allá, en el interior del edificio, se oía el ir y venir apresurado de la servidumbre, un abrir y cerrar de puertas extraño.

El bullicio, el cuchichear por los rincones ó tras las ricas colgaduras de terciopelo de Utrech crecía de modo notorio al aproximarse a las habitaciones de la marquesa; y allí, el asombro de quien no estuviera en el secreto subía de punto al escuchar el llanto estridente y desgarrador de un niño recién nacido. Y este era el origen único de todo aquel trastorno, de la alteración de costumbres en la suntuosa vivienda.

La señora marquesa de Valleflorida a los cuarenta y tres años había dado a luz una niña de carneitas rosadas y suaves; y ¡oh misterios de la Naturaleza!, aquel ser, apenas nacido, ejercía ya una influencia decisiva en cuanto le rodeaba, y parecía que su advenimiento al mundo, su llegada a la vida, había traído para aquellos sombríos salones de techos altísimos y de paredes cubiertas de cuadros y de tapices antiguos un hálito de juventud, y que todo se remozaba como en una primavera espléndida, llena de flores y de gorjeos de pájaros.

Pálida con una palidez mate, presa de dulces languideces el cuerpo y el espíritu de visiones rientes, cerrándole los ojos invencible somnolencia, la feliz marquesa reposaba en el lujosísimo lecho de la conyugal alcoba.

El marqués, que bañaba sus sonrisas en llanto, gozoso y henchida de placer el alma, iba sin tino de un sitio a otro, ora balbuceando solícitas frases de cariño al oído de su adorada mujer, ora mirando como en éxtasis, arrobado y venturoso, a la niña cuyo cuerpecito parecía formado con rosas y azucenas, al fruto to de sus tardíos pero fecundos amores, que a veces rompía en lloriqueo ruidosísimo y a veces sonreía como los ángeles en el cielo.

Aquel vástago de aristocrática estirpe vino a hacer completa la felicidad del ya dichoso matrimonio; aquella flor nacida en un otoño plácido, aquel capullo de rosa brotando cuando ya los cierzos anuncian la proximidad del invierno, era un milagro de amor: ¡que el amor todo lo rejuvenece y hermosea!

\* \* \*

El tiempo, cuando transcurre feliz pasa con rapidez grandísima, y cada año le parece al dichoso breve como una hora.

Los marqueses de Valleflorida no se dieron cuenta de que el tiempo pasaba, hasta que el primer disgusto les despertó de aquel sueño venturoso en que vivían sumidos, volviéndoles a la realidad.

Lolita, su hija adorada, la niña hermosa que era

todo su encanto y constituía todo su orgullo, estaba triste. ¡Horrible desgracia! Estando ella triste, ¿quién en aquella casa podía dejar de estarlo? Todos los habitantes del palacio no hacían más que reflejar en sus almas el estado de la de Lolita y en sus rostros la expresión del de la niña: no se ha visto jamás tiranía como la ejercida, sin quererlo y sin saberlo, por aquel ángel. Allí todos más que súbditos eran esclavos suyos; sus menores caprichos tenían la fuerza de un mandato imperioso; por el leve movimiento de sus labios ó la dirección de su mirada se hallaban acostumbrados a adivinar sus pensamientos y a anticiparse a sus deseos. Pero ahora estaba triste y todos se afanaban por saber la causa, el origen de aquella melancolía que nublaba el rostro bellísimo de Lolita, y ninguno lo conseguía; y, ¡cosa más rara!, su tristeza era interrumpida a veces por una alegría súbita que se desbordaba en carcajadas frescas y sonoras, como el agua de cristalina fuente al caer a borbotones en la taza de mármol: ¡y es que la naturaleza juvenil, que reclama las expansiones del entusiasmo y del placer, reprimida por la voluntad de la niña antojadiza, rompía al fin aquellos lutos que la envolvían y se presentaba deslumbradora, seguida de toda su brillante cohorte de risas, brinco y locuras, que son las flores lozanas y aromosas de esa bella primavera que, una vez pasada, no vuelve!

Los marqueses, atolondrados, no sabían qué hacer para distraer y divertir a Lolita; pero los esfuerzos del amor se estrellaban en la desdeñosa melancolía de la niña, a quien todo desagradaba. Sólo la complacía una cosa, la iglesia, y sólo volvían a su rostro la placidez y la alegría naturales a sus años las funciones religiosas.

Educada por aquella piadosa familia en el santo temor de Dios y sujeta a las prácticas cristianas, el templo había sido el sitio más frecuentado por Lolita, y al templo tenía afición incontrastable, al principio por un movimiento natural de su espíritu impresionable y de su temperamento nervioso hacia todo lo poético, después mediante lectura de libros sacros, guiada por la fe que henchía su corazón é iluminaba su alma. Esta predilección que fué creciendo llegó a constituir para la encantadora adolescente una verdadera necesidad, y no pasaba día sin que se la viera entrar muy de mañanita, acompañada del aya, en la iglesia de San Ginés y arrodillarse devotamente y oír misa con el mayor recogimiento. A la tenue claridad del templo, bajo las altas bóvedas, postrada junto a un oscuro pilar parecía una angélica figura arrancada a los lienzos de Murillo ó desprendida de uno de los retablos de nuestras catedrales. La luz escasa que penetraba por los vidrios de colores de las altas ojivas la bañaba en una claridad fantástica: su cabello de un dorado pálido, como el de las espigas de trigo en el mes de junio, le caía sobre la espalda en larguísimas trenzas: su rostro hermoso, con una hermosura dulce y cándida, presentaba la expresión del éxtasis: sus manos estaban cruzadas y las tenía junto al pecho, como si quisiera con aquel signo redentor cerrar las puertas de su corazón a todo lo malo y pecaminoso: sus labios, frescos y puros, se movían murmurando fervientes oraciones. ¡Admirable y piadosa niña!

El dormitorio de Lolita y su *boudoir* exhalaban ese perfume de castidad y de inocencia que es el mayor atractivo de la niñez; todo en aquellas dos habitaciones respiraba alegría y juventud. Gran número de flores naturales en búcaros de porcelana aromaban el ambiente: el decorado, elegantísimo, era blanco, como símbolo de pureza: nada faltaba allí de lo que el lujo y la moda imponen; pero había algo que, si bien pudiera creerse un adorno más, se hallaba colocado con tanto esmero, se notaba en la niña predilección tan grande hacia ello, que parecía ser el signo revelador de las propensiones incontrastables del espíritu de Lolita, la nota característica de sus gustos. Junto a la cama, sobre las mesas, en todas partes, con profusión extraña, se veían imágenes de Jesús crucificado ó de la Virgen, imágenes talladas primorosamente en madera ó mármol y que a la vez que objetos sagrados eran verdaderas joyas artísticas.

A pesar de advertir que la melancólica niña desechaba su tristeza al entrar en la iglesia, y que al salir, como si la hubiera dejado en la puerta, volvía a cubrir su faz divina con ella; a pesar de que no podía pasar inadvertida para nadie la piedad extremada de Lolita, que se pasaba las horas rezando al pie de un crucifijo de roble que junto a su lecho en la pared había, ni la servidumbre solícita ni los padres amantísimos lograban averiguar el origen de aquella sombra de dolor que velaba los claros ojos de la niña.

Una mañana muy tempranito, cuando todos dormían aún en la casa, la marquesa, que había pasado la noche en vela pensando en su hija, entró de pun-



SAN SEBASTIAN, copia del celebrado cuadro de G. Bazzi llamado «el Sodoma.»

Se conserva en la Galería degli Uffizi de Florencia

tillas, procurando no hacer ni el menor ruido, en el dormitorio de Lolita, que iluminado por las primeras luces rosadas del amanecer parecía fantástico camarín de hadas ó nido de celestiales amores. Se aproximó al lecho: dormía. La madre inclinó la cabeza y besó la serena frente de la niña; al leve roce de aquellos labios amorosos, Lolita entreabrió los soñolientos ojos, echó los blanquísimos y bien modelados brazos fuera de las sábanas y, después de desahogarse, sonrió á su madre. La marquesa volvió á besarla, desenredó con sus dedos el suelto cabello de la niña, que como cascada de oro caía sobre sus hombros de alabastro, y la dijo con voz que parecía una caricia:

- ¿Te sientes bien? ¿Te duele algo? ¿Estás contenta? ¡Dímelo, hija mía! ¿Tienes alguna pena, algún disgusto? A las madres se les debe decir todo, porque nadie como ellas saben sacrificarse por el bienestar de sus hijos y nadie como ellas pueden consolarlos si sufren.

- No tengo nada, mamá, nada: si estoy triste no puedo remediarlo.

Y los ojos de la niña se humedecieron y en sus pestañas titilaron algunas gotas de llanto.

- ¿Lloras? ¡Tonta! ¡Si es que te quiero mucho, y te veo triste y me aflige! Dime por qué, y verás cómo yo lo arreglo todo. Dios te manda no tener secretos para mí; y tú, que eres buena, no querrás que Dios te castigue.

Y cogiendo entre sus manos la rubia cabecita de su hija, la acarició besándola con transportes de amor infinito.

Lolita se quedó pensativa: su pecho virginal, cubierto por la fina camisa de batista, se alzaba en suaves ondulaciones.

Después de un silencio embarazoso, miró á su madre de una manera fija y resuelta y le dijo:

- ¿Prometes no enfadarte y hacer lo que yo quiera?

- Sí; pero explícate.

- Pues... ¡que deseo ser monja!

Ante una manifestación de esta especie, la marquesa, aturdida y llena de verdadero estupor, exclamó:

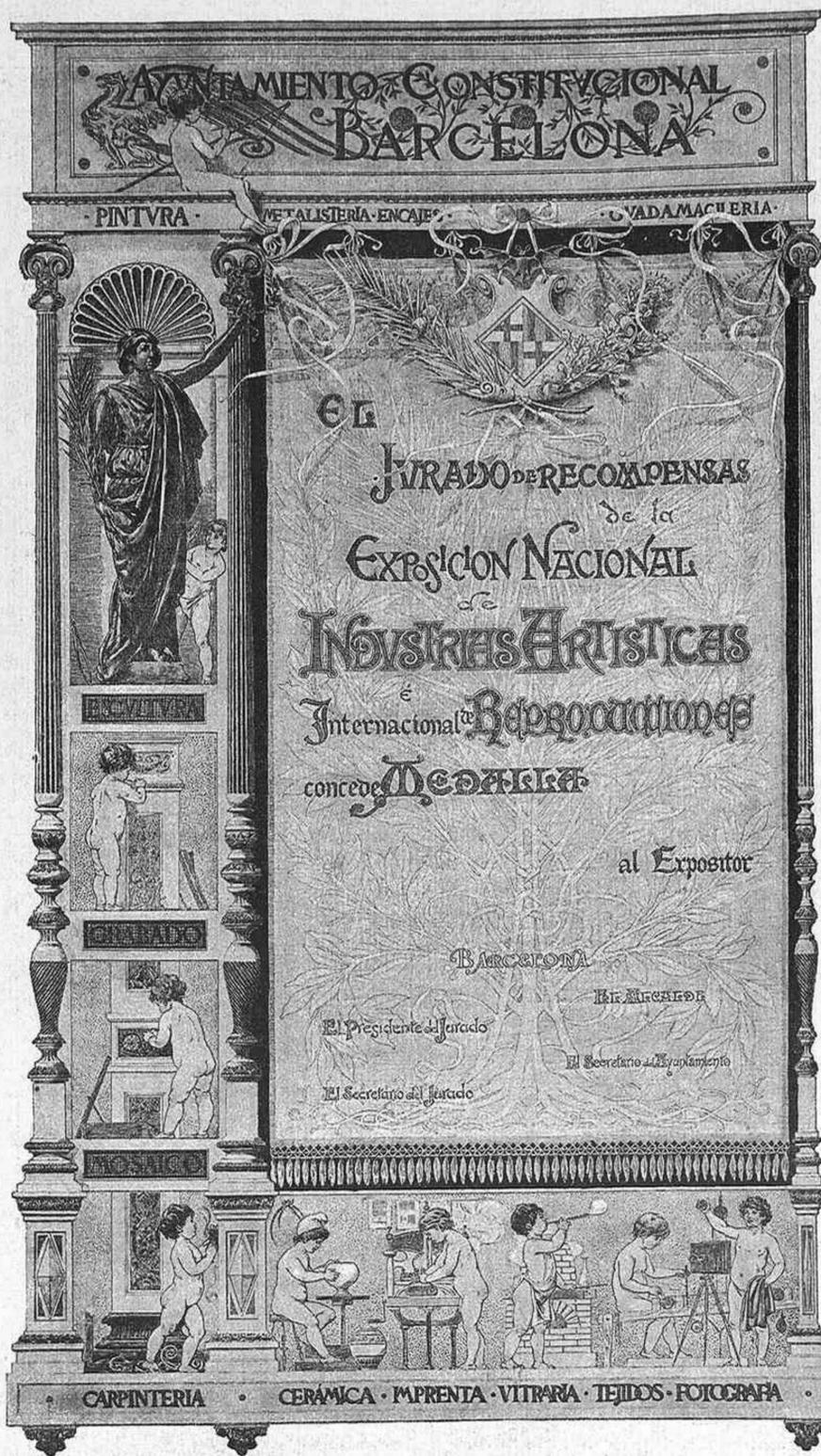
- ¿Estás loca? ¡Monja! Nada, decididamente tú has perdido la cabeza y no sabes lo que te dices.

- Sí, lo sé muy bien; deseo ser monja, consagrarme á Dios.

- Pero, muchacha, ¿ignoras lo que eso significa? Encerrarse en un convento entre las cuatro paredes de una celda estrecha, renunciar al mundo...

- Lo sé todo, lo sé todo y lo deseo: conozco que la voluntad del Señor me lleva al claustro, y que tengo verdadera vocación. Antes de decidirme lo he pensado mucho, mucho.

- Tú eres una niña alucinada, y no permitiremos ese sacrificio del que quizás te arrepintieras después.



Diploma concedido á los expositores premiados en la Exposición de Industrias artísticas, dibujo de J. L. Pellicer



Medalla de oro concedida á los expositores premiados con esta distinción en la Exposición de Industrias artísticas de Barcelona, acuñada y vaciada por los Sres. Castells y Beristain



convento; y ¡oh misterios del corazón!, el amor que antes les había impulsado á oponerse, les impulsaba ahora á consentir.

\* \*

La celda se hallaba alumbrada por la luz amarilla de cuatro blandones, cuyas llamas, agitadas por el vienteillo que entraba por la ventana, se movían en inciertas oscilaciones, aumentando unas veces la sombra y otras ahuyentándola y desvaneciéndola con una fugacidad tal, que parecía algo así á modo de juego fantástico que fatigaba la vista y poblaba el espíritu de seres disformes.

En el suelo, en medio de aquellos cirios, en un ataúd blanco, vestida con el hábito de la Orden, yacía inerte, muda y rígida una joven hermosa: palidez violácea cubría su faz, que revelaba con elocuencia llena de horror las angustias postreras. Sus labios entreabiertos, secos y descoloridos, parecía que exhalaban una queja ó murmuraban una oración.

Junto al féretro rezaban, llorando á la vez, una señora anciana y una religiosa.

¡Cuadro tristísimo aquel cuadro! ¡Espantosa realidad la realidad de la muerte!

¡Desdichada Lolita: desdichada niña caída en los brazos de la muerte despiadada y cruel, cuyas caricias espantables y cuyos besos fríos habían helado la sangre en sus venas y apagado de un soplo la llama de su existencia!

Un año antes se la veía pasear por las solitarias galerías del convento, ocultando bajo la estameña del hábito las líneas armónicas de su cuerpo, las redondeces voluptuosas de su seno y de sus hombros. La blanca toca formaba un marco de espuma inmaculada á su rostro hermosísimo, y sus ojos, azules como el cielo y como él profundos, tenían una expresión de vaguedad infinita, que podía ser lo mismo reveladora de místicas abstracciones que de ensueños de virgen.

Ya no era la niña: ya el botón de rosa había abierto y mostraba su corola espléndida y aromaba el ambiente con sus esencias: ya la Naturaleza, rotas las ligaduras con que la adolescencia la sujetaba, aparecía lozana, exuberante, llena de atractivos y de gracias, con esa aureola luminosa y magnética que des-

lumbra los ojos y arrastra los corazones. Tras las naturales metamorfosis había aparecido la mariposa con sus alas de oro.

Hermosa, con hermosura de ángel, era Lolita allá en los días de su niñez, esbozadas apenas sus perfecciones y apenas diseñadas sus bellezas; pero más hermosa, con hermosura de diosa griega, era ahora, en toda la fuerza de la juventud.

Cuando la comunidad se recogía, dichos los últimos rezos, ella, encerrada en su celda, después de orar con fervorosa devoción arrodillada ante un crucifijo de talla, se despojaba del burdo sayal y se metía entre las sábanas blanquísimas del lecho. Parecía la púdica Venus saliendo de las espumas del mar.

Una noche hacía muchísimo frío: el viento azotaba los cristales de la ventana y la nieve blanqueaba los desnudos árboles del huerto. Lolita se acostó tiritando y se arropó bien: el helor de las sábanas le hizo estremecerse al sentir su contacto; pero el cuerpo juvenil templó pronto el lecho, y la hermosa monja comenzó á sentir un calorillo suave y grato. Estaba sin moverse, quietecita; y así, dulcemente, en aquella inmovilidad impuesta por el frío, empezó á dormirse: sus párpados fueron entornándose, entornándose, hasta quedar por completo cerrados. Ese crepúsculo espiritual que precede al sueño alumbró con tenues resplandores por breves instantes su ser, y quedó dormida.

¡Cuántos misterios ocultan y guardan en sus senos oscuros la noche y el silencio! ¿Por qué Lolita, apenas transcurrida una hora, principió á estremecerse y á suspirar? ¿Por qué unas veces gemía, y otras, á través de la sombra que envolvía la celda, se adivinaba una placentera sonrisa en sus labios de grana? ¿Soñaba!.. ¿Y quién sabe lo que soñaba? ¿Quién des-

ba en su tristeza sin que nadie consiguiera sacarla de ella.

Las rosas de sus frescas mejillas iban desapareciendo y su rostro poniéndose pálido como la cera.

Los marqueses, alarmados, llamaron al médico, quien dijo que á todo trance era necesario que la enfermita se fortaleciese, pues estaba muy débil, sumamente débil; mas ella, antojadiza y terca, se resistió

- ¡Pero, mamá!..

- Nada, nada: ¡no ha de ser!

Y la marquesa salió del dormitorio dejando á la niña confusa y acongojada.

Pasaron días y pasaron meses, y Lolita se abisma-

á tomar los medicamentos y casi dejó de comer, pre-  
textando desgana.

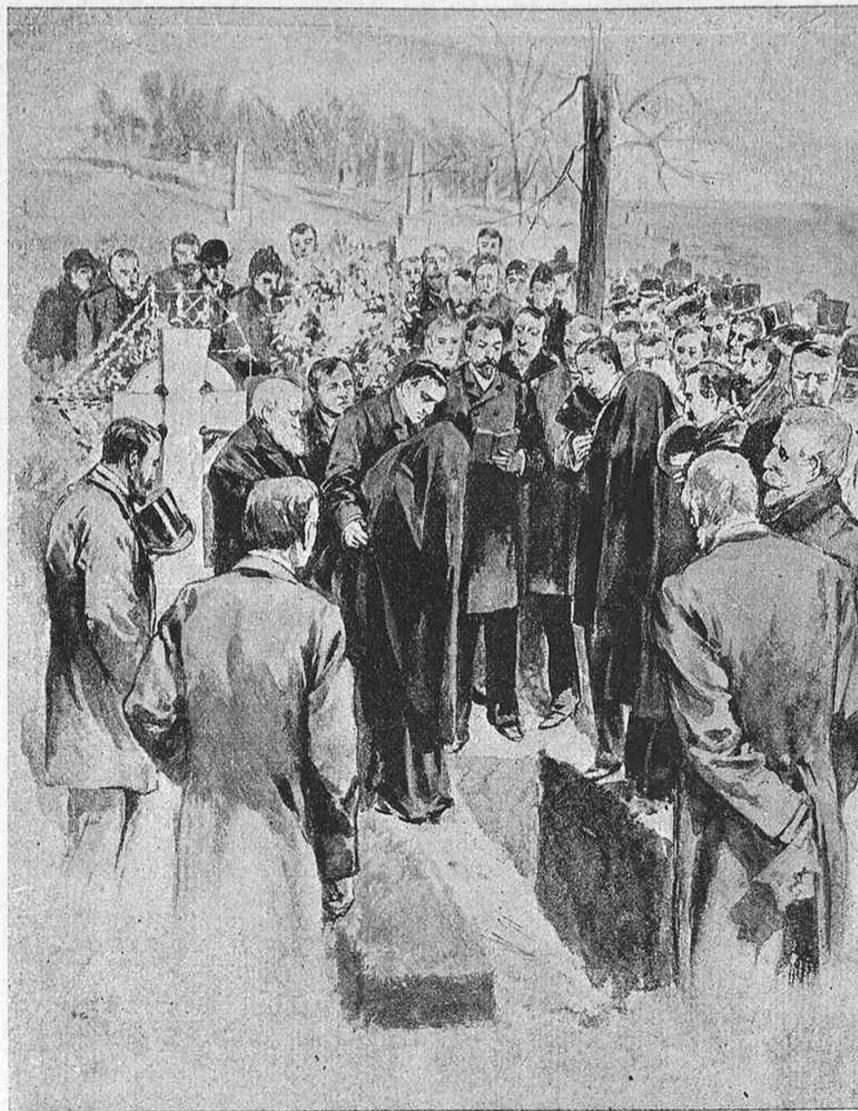
Los padres ya no podían equivocarse; sabían la causa de todo. Una noche, después de discutir mucho, decidieron permitir á Lolita que entrara en un

cifra un ensueño, que á veces no es más que un girón de niebla, á veces el fugitivo desfile de la linterna mágica, y á veces... á veces ¡tantas otras cosas llenas de dicha ó de tristeza! ¡Arrullos de palomas, besos de ángeles, estremecimientos de placer, suspiros y quejas, soledad y frío!. El misterio es impenetrable: los ensueños son las evaporaciones del espíritu, las ansias no cumplidas, las esperanzas deshechas, los amores sin objeto. Los ensueños lo son todo y no son nada. ¡Infeliz del que sueña! El desdichado en la realidad de la vida, encuentra los goces y la felicidad cuando duerme.

Al despertar Lolita sintió su cuerpo desfallecido: un enervamiento lánguido lo invadía; la cabeza le pesaba y le dolían las sienes: sus ojos tenían expresión extraña de melancolía asombradiza. Se salió del lecho y abrió la ventana; el sol inundó la celda; la nieve se había derretido á los besos amorosos del padre del día. La monja, medio desnuda, quedó junto á los cristales largo rato, pensativa, mirando al huerto; después se vistió apresuradamente y fué á reunirse con las otras religiosas que ya en el coro entonaban cánticos al Señor.

Desde aquel día, triste siempre, siempre con la hermosa cabeza caída sobre el pecho turgente como flor marchita que se inclina sobre su tallo, parecía un alma desterrada de su patria y que, en tierra extraña, no encuentra la alegría y la felicidad. En el oratorio, al pie de una imagen de la Virgen, con frecuencia se la veía rezando y gimiendo: sus labios murmuraban oraciones, las lágrimas corrían por su mustia y dolorida faz, y su pecho se alzaba henchido de sollozos que estallaban en su garganta produciendo un sonido lúgubre, como de música funeral.

Triste y enferma, abrasada por la fiebre, poblada el alma de vagos terrores, rebosando amargura su corazón, pasó aquellos meses eternos con la eternidad del dolor, hasta que una mañana de mayo, cuando



SEPELIO DE MR. JAMES G. BLAINE EN EL CEMENTERIO DE OAK HILL (WASHINGTON)

la aurora brillaba en el cielo y las flores entreabrían sus cálices perfumados, y la vida latía en todas partes, y el aire cargado de aromas penetraba por la abierta ventana, y todo renacía y todo se mostraba alegre y risueño, como si la Naturaleza hubiera sido siempre joven y bella, Lolita, presa de crueles ansias y de angustias tremendas, luchaba en una larga ago-

nía, y sus ojos ya sin luz, vidriados por la muerte, se cerraban para siempre, y su cuerpo, después de estremecerse por última vez, se quedaba inmóvil y yerto.

¡Contrastes de la Naturaleza, que en el alma dejáis regueros de sombra y en el rostro surcos de llanto, cuán hondos abismos encerráis en vuestros senos oscuros! ¡Sencilla y triste historia de la infeliz Lolita, cuán amarga enseñanza guardas!

¡Sueños que matan, sí: de esos fué aquel sueño de la pobre monja; y noche de horrores aquella noche siniestra en que el viento azotaba con furia los cristales de la ventana de la estrecha celda y la nieve cubría de blanco sudario los desnudos árboles del huerto!

JOSÉ DE ROURE

EN LAS MEJILLAS

La verdad, que algunas veces parece que el mismo deseo de uno arregla las cosas.

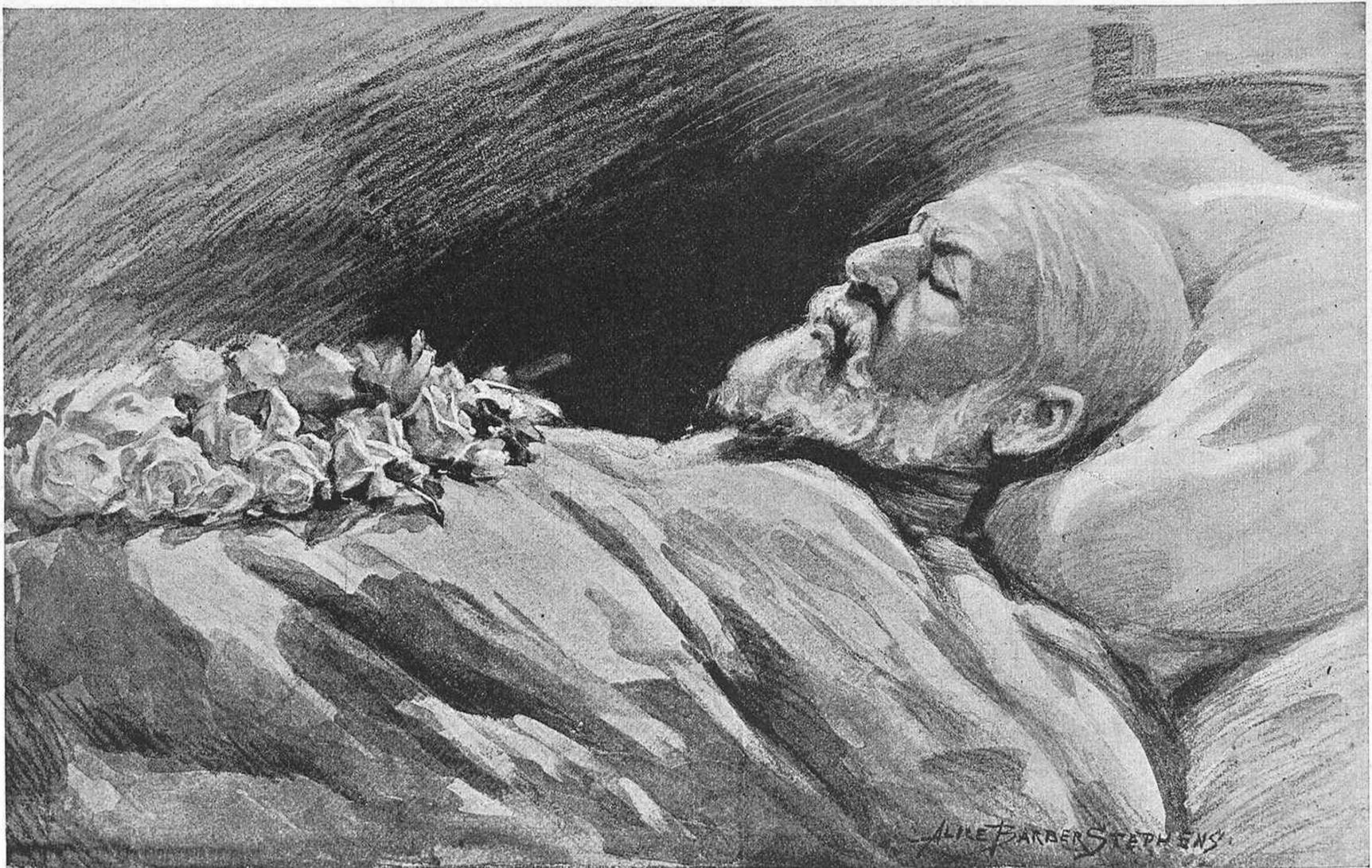
Aún no hace media hora hallábame yo en el cuartel sentado á la puerta del cuarto de banderas pensando en aquella gracia y aquella sandunga que por todos lados tiene el cachillo de cielo, que porque las cosas andan del revés está sirviendo al teniente Pando y á la remilga de su esposa, cuando he aquí que en el propio momento en que yo pensaba de qué manera podría lograr el placer de volverla á ver y de quedarme extático oyendo la música de sus palabras, asoma los bigotes el mismísimo señor coroné, y con aquella voz que parece la de un hombre que está metido en una tenaja me dice:

— ¡Oiga usted, Requena!..

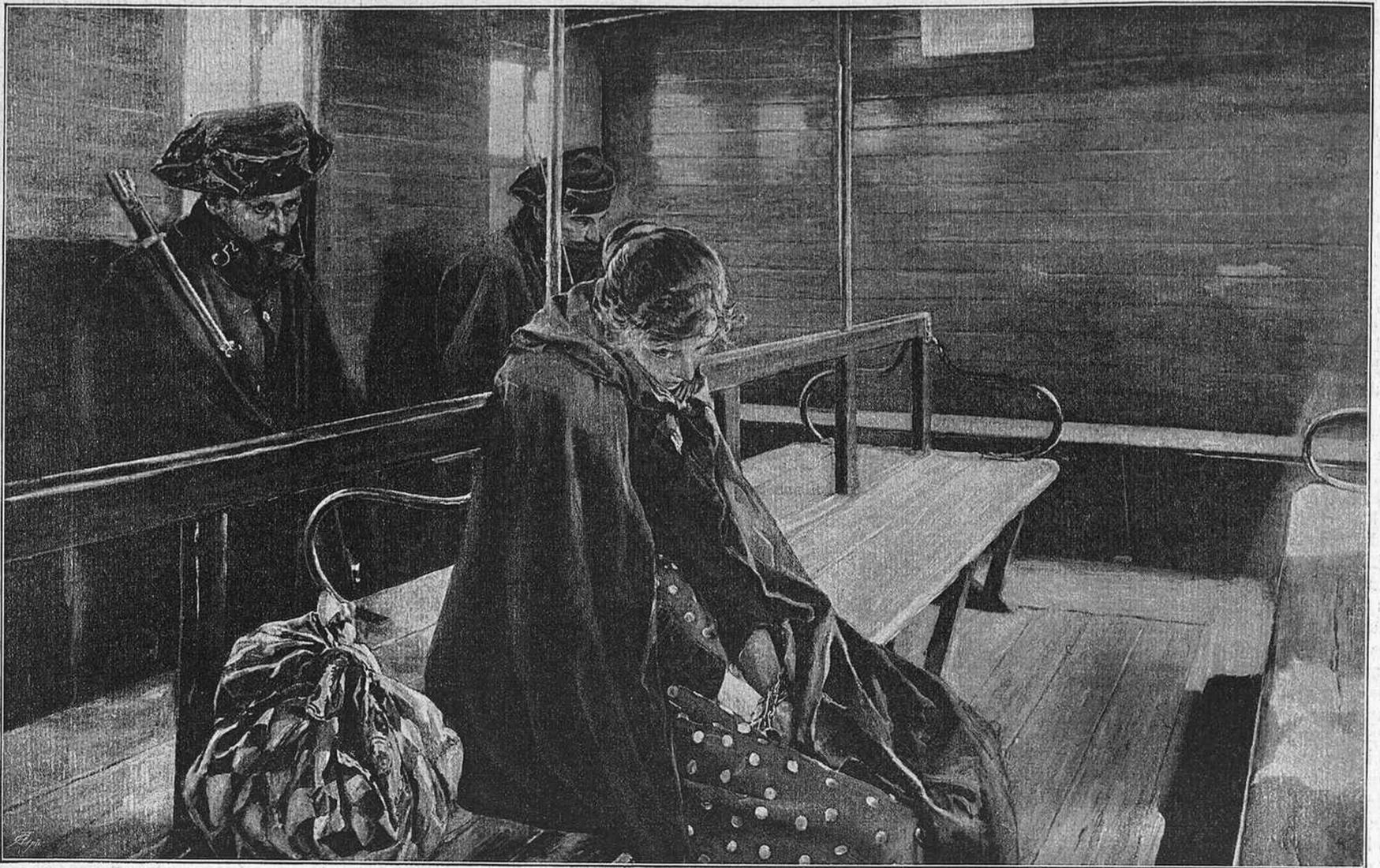
— A la orden de V. S., mi coroné, le digo yo levantando la mano hasta la altura de la frente.

— ¿Ha visto usted al cabo Sarmiento?

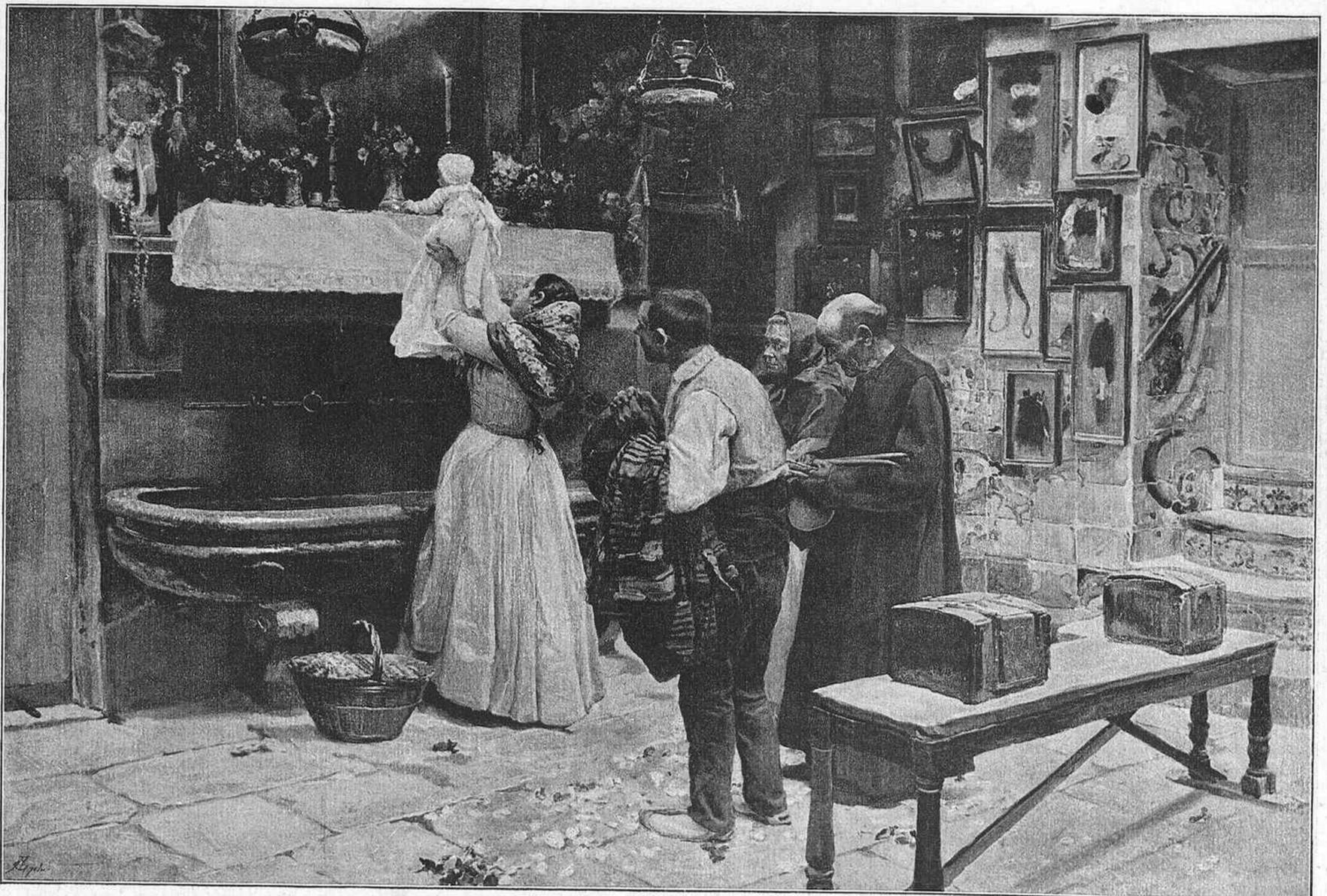
— Sí que le he visto, mi coroné; por cierto que al probe le han salido tres flemones que le tienen un lado de la cara de la mesma figura y tamaño de una



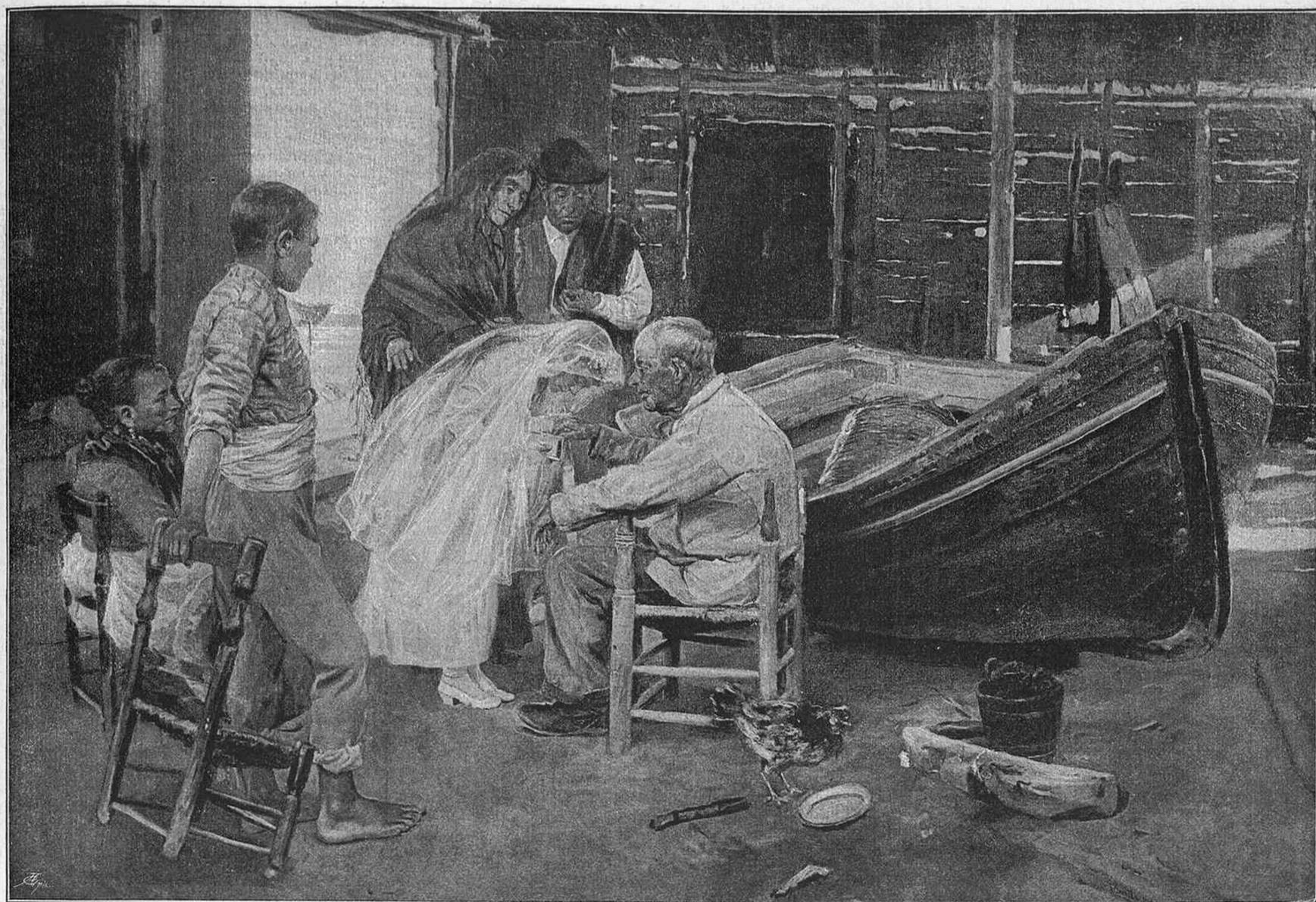
MR. JAMES G. BLAINE, SECRETARIO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, EN SU LECHO DE MUERTE



¡OTRA MARGARITA!, cuadro de Joaquín Sorolla, premiado con medalla de oro en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892  
(De fotografía de Nicolás Capdevilla)



EXVOTO, cuadro de Joaquín Sorolla. Exposición internacional de Bellas Artes de 1892  
(De fotografía de Nicolás Capdevilla)



DÍA FELIZ, cuadro de Joaquín Sorolla. Exposición internacional de Bellas Artes de 1892  
(De fotografía de Nicolás Capdevilla)



EL SOMBRERO DE TRES PICOS, cuadro de José Carbonero. Exposición internacional de Bellas Artes de 1892  
(De fotografía de Nicolás Capdevilla)

sandía regular, y se ha ido á que le vea el facultativo.

— Siendo así, usted se encargará de hacer lo que iba á mandar.

— Sí, señor, mi coroné.

— ¿Sabe usted dónde vive el teniente Pando?

— ¡Y cómo si lo sé, mi coroné!, dije yo con tanta alegría como aquel á quien le entregan la absoluta; Huertas, no sé qué número, pero conozco perfectamente la casa. Es una asina de pequeñuela, con sólo dos barcones y un hojalatero al lado y una verdulera enfrente y una confituría más arriba y un zapatero remendón á la puerta...

— Bueno, me atajó el coroné: va á llegarse usted en seguida y á decir al teniente que tengo que hablarle.

— Está muy bien, mi coroné.

— Qué es un asunto del servicio.

— Está muy reteniéndome, mi coroné.

— Que venga al instante.

— Está prefetisimamente bien, mi coroné.

Y caléme la gorra, enciendo un cigarrillo de los de á veinte la cajilla y me pongo en camino de la casa del teniente Pando.

Y ahora digo yo: vamos á ver, Francisco Requena, soldado de la cuarta del primero y ordenanza de banderas por enfermedad de Juanillo Moro, ya que se han cumplido tus deseos, ¿qué vas á decir á esa güena moza, cuando después de haber llamao á su puerta te la abre de par en par como si fueses cualquier presonaje?

Pues ahí tienes una cosa de que yo no sé ni pizca. Quizá me quedaré alelado mirando aquella gloria de cuerpo; quizá me dejarán mudo aquellos ojos grandones, luceros del cielo de su cara; quizá se me irá el santo arriba y me pondré arrodillao delante de ella de igualita manera que si fuese una virgen colocada en su altar...

¿Y estará esto bien, soldado Requena, de la cuarta del primero? ¡Qué ha de estar, hombre, qué ha de estar!

Se reirá de ti y con sobrada razón; que no son del gusto de las mujeres los hombres miedosos que se quedan callaos y como acobardaos delante de ellas, sino aquellos otros que, cual convencidos de su propio valer, se les acercan, como verbo y gracias se acercarán á Mariquilla el cabo Sarmiento ó el sargento Márquez, si la suerte habría querido que fuese cualquiera de ellos y no tú quien de la moza se enamorara.

Y ¿cómo harían ellos, voto al chápuro verde, soldado Requena? ¡Pues mira que si han hecho cuanto ellos cuentan, poco tiene que adivinar! Súpitamente y á seguida que la puerta les fuese abierta echarían con la valentía del mundo los brazos al cuello de la muchacha; daríanle dos ó tres besos, y de esa manera tendrían explicao si no todo la mitad de lo que por ella sentían; porque verdaderamente, ¿qué mejor manera de manifestar el querer que tiene uno que un buen abrazo, fuerte hasta hacer perder el respiro, y dos ó tres besos que parezca que se quieren meter dentro de los carrillos de puro apretaos?

Paréceme á mí que naide que odiase á otro sería capaz de besarlo y estrecharlo de tal manera si no es ya que era otro Judas como aquel que le salió á Nuestro Señor; y siendo asina y siendo los besos y abrazos cosas tan buenas como que los padres se los dan á sus hijos y los hijos á sus padres, ¿qué mejor explicación, repito, de un cariño grande, grande como es el mío, que dos besos muy apretaos y dos abrazos más apretaos entavía?

Verdaderamente que ninguna, y tonto serás soldado Requena, de la cuarta del primero, si no obras como en tu lugar obrarían ellos. ¿Por ventura no eres tú de la misma madera que el cabo Sarmiento y el sargento Márquez? ¿Es que te falta el valor necesario?

De verdad que no, y aunque te faltase podrías remediarlo tomando un par de copas de lo fuerte que, al par que te entonasen el estógamo, te diesen fuerzas para llevar á feliz término tu empresa...

Y así pensando Francisco Requena, soldado de la cuarta del primero y ordenanza de banderas por enfermedad de Juanete Moro, siguió el camino hasta llegar á casa del teniente Pando.

Forzosamente y á pesar del valor que tan sin modestia en su monólogo se concedía (¡y quién sabe si sólo para entonar el estógamo!), hubo el soldado de hacer parada ó estación en una ó más tabernas donde á trueque de los cuarenta céntimos que por la mañana tenía, según me aseguró un compañero, le dieran algunas copas de ese licor infame que por aguardiente se expende; pues es lo cierto que cuando Francisco Requena, subidas las escaleras de aquella casa de la calle de las Huertas, cuyo número ignoraba, pero cuya topografía conocía tan bien, sonada la campanilla y abierta la puerta, haciendo lo que en su

caso se figuraba habrían hecho el sargento Márquez y el cabo Sarmiento, se precipitó sobre quien le abría y le plantó dos besos, no conoció que era el mismísimo teniente quien los recibía.

Si no, ni se habría llevado las dos fenomenales bofetadas que con mano callosa y dura (que así las tenía Pando) le aplicaron en premio de sus caricias, ni habría tenido que pasar cerca de dos meses en el calabozo llorando su atrevimiento, ni finalmente hubiese gastado tanta saliva en vano, repitiendo para disminuir su falta que «los besos y los abrazos no son cosas tan malas cuando los padres se los dan á sus hijos y los hijos á sus padres como prueba del amor verdadero que se tienen.»

JOSÉ FERNÁNDEZ AMADOR DE LOS RÍOS



**La Virgen negra, cuadro de Pablo Quinsac.** — Hay ciertos asuntos, tanto más difíciles de tratar hoy, cuanto que casi todos los pintores los han representado conformándose á la misma tradición; verdad es que muchos, contentándose con esta tradición, nos han legado obras maestras. Sin embargo, no puede censurarse que un artista rompa con ella ó ensanche por lo menos el reducido círculo de las interpretaciones y produzca con talento un tipo que habla mejor á su imaginación que todos los admitidos por sus predecesores. Basándose en un texto evidentemente simbólico del *Cantar de los Cantares: Negra sum, sed formosa*, Quinsac comprende á la Virgen María tostada por el sol de Palestina y vestida como todavía se visten las mujeres de aquel país legendario. En este cuadro, expuesto en el *Salón* del año pasado, el pintor ha roto con la tradición, y aunque no se participe en absoluto de su opinión, fuerza es convenir en que su obra demuestra profundos conocimientos en el dibujo y en el colorido.

**San Sebastián, cuadro de J. A. Razzi, llamado «el Sodoma».** — El renombrado autor de este busto que se conserva en la interesantísima Galería degli Uffizi de Florencia, ha representado al santo mártir cual verdadero tipo de la florida juventud, con morbida y lozana encarnación, ondulante y larga cabellera y magníficos lineamientos. Traspasa su cuello una flecha, cuya herida le produce los espasmos de la agonía; de los abiertos ojos del mártir brotan ardientes lágrimas; la boca aparece abierta como si lanzara un ¡ay! causado por el dolor físico; pero una fe inmensa lo reprime y exalta al santo joven, el cual dirige su mirada al cielo, donde espera la palma del martirio. Es una cabeza sublime.

«El Sodoma», que nació en Vercelli en 1479 y murió en 1554, hizo algunas pinturas en el Vaticano en tiempo de Julio II, pinturas que se borraron por no haber satisfecho á este pontífice, lo cual no obstó para que en su tiempo adquiriese bastante renombre como pintor religioso, renombre merecido en verdad, como lo prueba la cabeza que reproducimos en nuestro grabado, una flagelación de Cristo, que algunos prefieren á las figuras de Miguel Angel, y otras varias obras.

**Diploma concedido á los expositores premiados en la Exposición de Industrias artísticas de Barcelona, dibujo de J. L. Pellicer.** — Tratándose de una Exposición de Industrias artísticas, lógico era que el diploma que se concediera á los expositores premiados fuese una gallarda manifestación artístico-industrial. Y preciso es confesar que á nadie podía confiarse su proyecto mejor que á nuestro querido amigo el eximio artista D. J. L. Pellicer, quien ha logrado dar á esa obra un carácter especialísimo que se ajusta por completo á la índole de la Exposición, cabiendo aplauso á los Sres. Sucesores de Narciso Ramírez por su inteligente interpretación, ya que resulta una bella fototipia que nada tiene que envidiar á los grabados de este género ejecutados en el extranjero.

**Medalla de oro concedida á los expositores premiados con esta distinción en la Exposición de Industrias artísticas de Barcelona, acuñada y nielada por los Sres. Castells y Beristain.** — Hasta ahora las medallas otorgadas como premio en las exposiciones y certámenes distinguíanse única y exclusivamente por la belleza de su alegórica composición ó por la habilidad del artífice que había grabado los troqueles; pero nadie había parado mientes que podía ser al propio tiempo, en lo que respecta á nuestra patria, una manifestación genuina de la industria española. Esta que pudiéramos titular omisión la ha subsanado con laudable acierto la Junta organizadora de la Exposición de Industrias artísticas, acordando que las medallas concedidas á los expositores premiados ostenten sobre el anverso un precioso nielado, ejecutado por el Sr. Beristain sobre el bronce, ya en oro ó plata, según haya sido la recompensa otorgada.

La que reproducimos representa la medalla de oro, ó sea la de primera clase, concedida á los editores Sres. Montaner y Simón por la bella impresión de las numerosas obras que expusieron, que constituyen el extenso catálogo de la casa editorial.

**Sepelio de Mr. Blaine en el cementerio de Oak Hill (Washington).** — Mr. James Blaine en el lecho de muerte. — Oportunamente dimos cuenta en una de nuestras anteriores *Misceláneas* del fallecimiento de Mr. Blaine, secretario de Estado de los Estados Unidos de América y

uno de los hombres que más han influido en la política de la gran República norteamericana en los últimos quince años. Como todos los grandes hombres que defienden ideas extremas, contaba con partidarios entusiastas y adversarios decididos; pero el número de aquéllos era infinitamente superior al de éstos, y aun los que combatían al hombre público admiraban su talento, respetaban sus convicciones y se sentían atraídos por las relevantes cualidades del carácter de aquel político que tantos servicios prestó á su patria y cuyo nombre ocupará un puesto glorioso en la historia del pueblo americano.

Las simpatías de que gozaba Mr. Blaine se demostraron elocuentemente con motivo de su entierro, al cual concurrieron el presidente de la República, todo el gabinete, los magistrados del Tribunal Supremo, los altos empleados del Congreso y todo el cuerpo diplomático y que presenciaron una multitud inmensa, representación de todas las clases sociales, que se agolpaba en las calles de Washington para contemplar el paso de la fúnebre comitiva.

Formaban parte de ésta los individuos de la familia de mister Blaine, excepción hecha de su viuda, que abatida por el terrible golpe sufrido con la pérdida del esposo, no pudo abandonar su casa. Las coronas y ramos de flores enviadas por los amigos y admiradores del difunto fueron tantas que hubo necesidad de colocarlas en cinco carruajes.

Llegada la comitiva al cementerio de Oak Hill, el ataúd fué conducido hasta la sepultura en donde el Dr. Hamilton, rodeado de los individuos de la familia y de las personas más notables que formaban el duelo, pronunció las preces mortuorias, terminadas las cuales se retiraron todos los circunstantes, excepto el hijo mayor de Blaine, que permaneció junto á la fosa hasta que la última paletada de tierra hubo caído sobre el ataúd que encerraba los restos de su padre.

Mientras se verificaba el entierro se suspendió todo trabajo en las oficinas públicas de la capital y simultáneamente con la ceremonia de Washington celebráronse solemnes funerales en Angusta (estado de Maine), ciudad en donde comenzó Blaine su carrera política.

**¡Otra Margarita! — Exvoto. — Día feliz, cuadros de Joaquín Sorolla.** Exposición internacional de Bellas Artes de 1892 (de fotografías de Nicolás Capdevilla). — Sorolla pertenece al número de artistas que deben cuanto son á sus propios méritos. Huérfano en edad temprana, no pudo contar con el apoyo de su padre y con los alientos que pudiera prestarle el maternal cariño. Sólo á costa de abnegación, laboriosidad y firmeza ha podido Sorolla avanzar en la difícil y espinosa senda que emprendiera, logrando por fin ver paulatinamente recompensados sus afanes. Su primer triunfo obtúvolo en Valencia, cuando apenas contaba diez y seis años, por las tres marinas que presentó en la Exposición celebrada el año 1881. A éste siguió el obtenido en la Exposición de 1884 por su gran lienzo inspirado en la jornada del dos de mayo, titulado *Defensa del Parque*, y el que alcanzó seguidamente en la de 1887 por su *Entierro de Cristo*. En la de 1892 ha merecido la primera medalla de oro, por voto unánime del Jurado, por su cuadro *¡Otra Margarita!*, que representa una escena conmovedora y admirablemente sentida. *Exvoto*, inspirado en un acto de fe, delicadamente expresado, y *Día feliz*, que representa una de las más puras afecciones de la familia, desarrollada en el modesto hogar, en la modesta cabaña del abuelo, ponen de manifiesto en el artista valenciano las notables cualidades y delicadísimos sentimientos que enaltecen al artista que tal clase de obras produce y revelan al hombre que busca su inspiración en lo más grande, en lo más íntimo que nos rodea, el hogar y los dulces goces de la familia.

**El sombrero de tres picos, cuadro de José Moreno Carbonero.** Exposición internacional de Bellas Artes de 1892 (de fotografía de Nicolás Capdevilla). — El nombre de Moreno Carbonero significa una de las personalidades artísticas más completas de nuestra época y una de las más justificadas glorias del arte español contemporáneo.

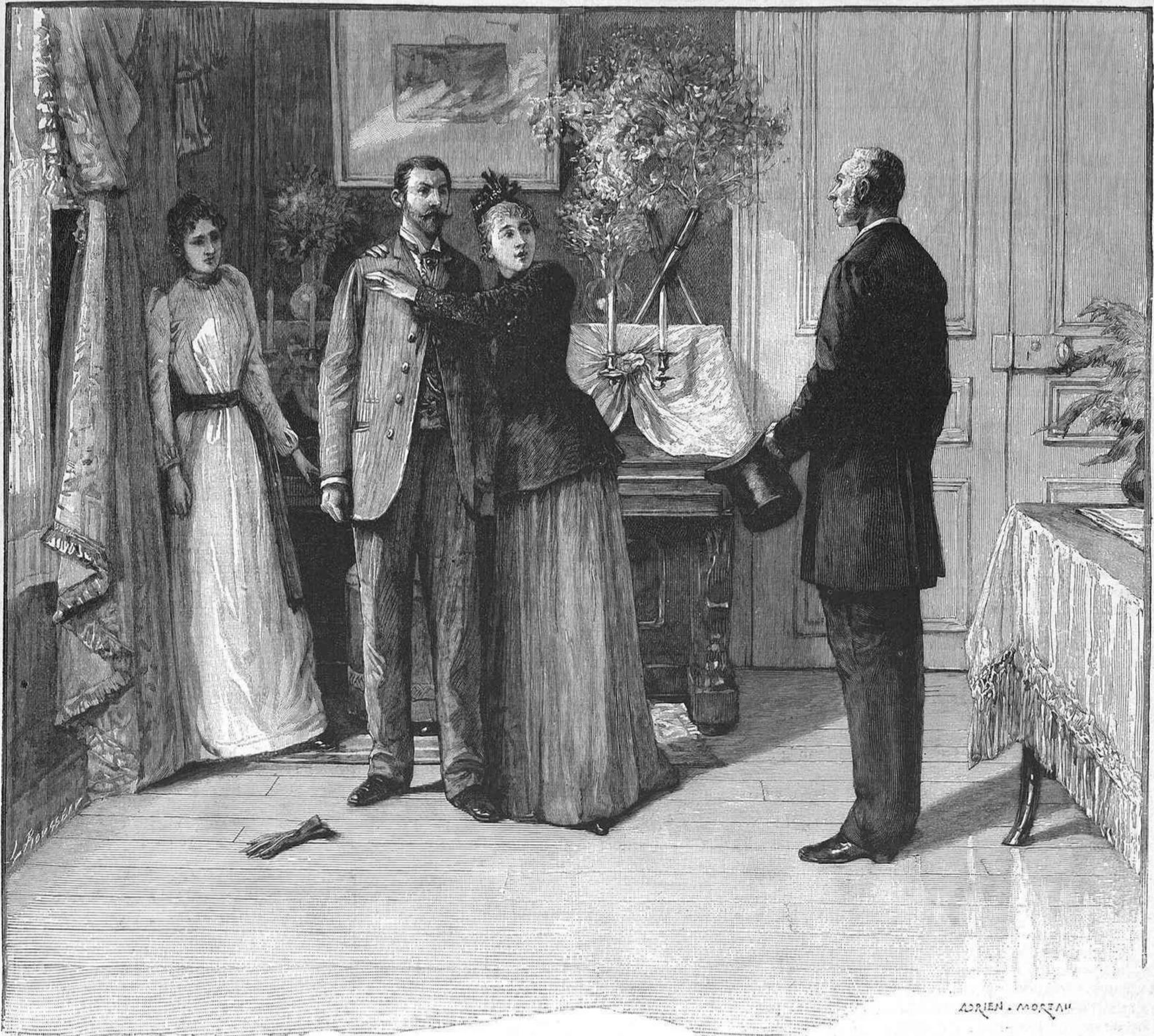
Como pintor de historia pregonan su indiscutible valía: *El Príncipe de Viana*, *La conversión del duque de Gandía*, *La entrada de Roger de Flor en Constantinopla*, los cuales cuadros han sido premiados todos en diversas exposiciones, figurando el segundo en el Museo nacional de Pinturas y el último en el salón de conferencias del Senado.

En la pintura de genio ha logrado también singularizarse creando verdaderas maravillas, como lo son indiscutiblemente los varios cuadros de caballete inspirados en escenas del *Quijote* y del *Gil Blas de Santillana*, *La venta del sevillano*, y *el sombrero de tres picos*, obra primorosa y magistralmente concebida y ejecutada, motivada por la lectura de la novela que lleva el mismo título, original del insigne Alarcón.

Moreno Carbonero figura dignamente en la primera fila de los artistas españoles, y como maestro en el arte que cultiva, merece respeto y consideración.

**Vista general de Vigo** (de fotografía de J. Prieto). — Ciudad de fortuna, como dice un ilustre escritor, heredera de la vetusta Bayona, ni tiene historia ni puede evocar recuerdos de prosperidad ó desgracia. Asentada en empinada loma al pie de la cual rompen suavemente las olas, rodeada de fluidos jardines, hállase orgullosa con su situación y su riqueza, entregándose afanosa al tráfico que la engrandece. Vigo ofrece el aspecto de esas nuevas poblaciones, surgidas por ensalmo, sin darse de ello cuenta, cuya vida, cuya existencia cuesta á otra inmediata la muerte. No cuenta monumentos, no tiene todavía historia, hállase en el floreciente período de su formación; pero aun así, es ya una de las poblaciones más importantes de Galicia, justamente envejecida, pues debe su grandeza á la laboriosidad de sus hijos.

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre todos los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.



- Señorita, dijo, me constricta mucho turbar tan hermosa fiesta

## CARGO DE CONCIENCIA

POR JUANA MAIRET, CON PRECIOSAS ILUSTRACIONES DE A. MOREAU

(CONTINUACIÓN)

- ¡Mire usted, Marta, cómo nos quieren en el país! Lo cierto es que pueden hacernos esta justicia, pues nuestras dos familias han aliviado muchas miserias...

Esta nueva inquietud tuvo al menos un lado bueno: desde algunas semanas, Marta se preguntaba cómo podría dominarse en el momento supremo, pues á la luz de su pasión había descubierto en lo más recóndito de su alma impulsos violentos, propensión á los celos feroces y casi un sentimiento de odio, cosas que la infundían miedo al par que vergüenza. Parecía ser una abominable hipócrita cuando se elogiaba ante ella su abnegación y su bondad, su olvido absoluto de sí misma. Su cariño á Edmunda, que aún predominaba á pesar de todo, cedía en momentos dados bajo el impulso de un espíritu de rebelión, de un sentimiento casi de odio, así como en aquel famoso jueves, mientras la tempestad se preparaba, el aire abrasador agitábase de repente bajo el soplo de una ráfaga de viento helado. Y también algunas veces su pasión por Roberto asemejábase mucho á la aversión; pero había conseguido ocultar todo esto bajo una especie de indiferencia apática. ¿Le sería posible hacerlo hasta el fin?..

Y ahora pensaba en aquella singular malevolencia de la multitud más que en sus propias angustias, pareciéndole que aún debería proteger, dar pruebas de valor y de firmeza. A esta especie de llamamiento había contestado siempre, y contestó de nuevo; lo que en ella había de verdaderamente noble se antepone á todo, y lo conservó en adelante.

El cortejo se formó á la puerta de la pequeña iglesia. Edmunda no era una casada pálida, temblorosa y confusa; estaba radiante de alegría, y ésta comunicaba á su belleza un encanto extraordinario. El marqués, con la cabeza erguida, se adelantó para ofrecerle el brazo, y antes de entrar en la iglesia volvióse y dirigió una mirada á la multitud que se agolpaba en actitud, al parecer, mucho

menos hostil. La belleza es una soberanía ante la cual todos se inclinan como por instinto, y jamás ninguno de aquellos campesinos había visto una joven tan maravillosamente hermosa como aquella casada rubia, de ojos casi negros, con su traje blanco de seda, su gran velo diáfano cubriéndola en parte y los labios entreabiertos por una sonrisa. Aquella visión influyó más que la mirada altiva del marqués.

Marta, que había querido servir de madrina á su hermana, estaba envejecida, pero la palidez de su rostro le sentaba bien; las damas de honor de la novia, luciendo todas ellas vestidos de color de rosa claro, formaban un pequeño batallón encantador, que se agrupó en la iglesia alrededor de la casada.

Fué la ceremonia tan breve como sencilla, y las pocas palabras pronunciadas por el cura, que estaba muy conmovido, salieron del corazón y al corazón fueron. Todos los que habían conseguido entrar en la iglesia quedaron conquistados; Marta lo vió, y sobre todo lo sintió, -ella, que no se había tranquilizado ni un solo instante, que hasta el fin de la misa temió, sin saber por qué, algo amenazador y vago que estaba en el aire hacía largo tiempo y que había entrevisto aquella mañana por primera vez.

Algunas horas más y Roberto se habría marchado ya con su esposa; estaría lejos de las viles habladurías y de las acusaciones infames, que cesarían al fin, para ser olvidadas del modo como se olvida, es decir, muy pronto y completamente.

Y este deseo de ver á Roberto en seguridad, fuera de alcance, era tan poderoso en Marta, que olvidó casi su dolor, sin fijarse en que aquel casamiento se había verificado ante ella, y en que Roberto y Edmunda cambiaban palabras que los unirían para toda la vida, hasta la muerte. Sufrió menos aún de lo

que había sufrido muchas veces al ver cruzarse entre los dos una mirada, ó notar la presión demasiado prolongada de una mano en otra...

Edmunda salió de la iglesia cogida del brazo de su esposo, radiante como la alegría misma, sonriendo á todos, saludando á derecha é izquierda como una pequeña reina; y los semblantes de las personas que la miraban no tenían ya su expresión burlona y maligna. Una madre que llevaba un hermoso niño en brazos rozó la falda de seda de la recién casada; y al volverse Edmunda, la criatura alargó hacia ella sus bracitos.

— ¡A ti te quiero dar un beso, dijo la joven; tú me traerás buena suerte!

Un ligero murmullo acogió aquella graciosa caricia, y en aquel momento Edmunda tuvo á su favor todas las madres. El regreso al castillo se efectuó sin el menor incidente y en medio de las risas y conversaciones de toda la juventud, que estaba de fiesta.

Marta respiró, pareciéndole que la batalla estaba ganada.

En el campo, la gente no se contenta con un simple refresco y una recepción, en que las personas pasan dejándose ver y se van. Muchos invitados habían venido desde lejos, y no se podía despedirlos sin satisfacer su apetito, bastante bueno, gracias al aire del mar. El comedor monumental, la sala de guardias de los antiguos castellanos, que rara vez servía á los propietarios actuales, habíase abierto y adornado para el objeto, y en ella veíase una enorme mesa con cincuenta cubiertos, resplandeciente de vajilla antigua, de cristales y de flores. Sin embargo, ni aquella mesa tan bien servida, ni las mujeres engalanadas, ni aun el gran fuego de leña que ardía en dos vastas chimeneas en las extremidades de la habitación, bastaron para alegrarla. Un poco de esa humedad propia de los aposentos deshabitados y la falta de buena luz producían una impresión de vaga tristeza. Hasta las risas de las jóvenes tenían como una nota falsa en la inmensidad de aquel lúgubre salón.

Sin embargo, la comida se prolongaba... y Marta, en su calidad de ama de casa, veíase obligada á sonreír y hacer lo mejor posible los honores de su mesa; mas á medida que el tiempo pasaba era más angustioso su pesar. Los recién casados, uno junto á otro, hablaban casi siempre á media voz; Edmunda, un poco más pálida que de costumbre, sonreía no obstante y parecía feliz; y en cuanto á Roberto, no veía ni oía más que á ella...

Los convidados se marcharon al fin; los coches llegaban uno tras otro hasta la gradería; las palabras de despedida y las felicitaciones producían un rumor menos ruidoso á cada momento; Edmunda se había escapado para ponerse un vestido de viaje, y dentro de un cuarto de hora todo habría concluido...

Marta acababa de despedirse del marqués, dándole de nuevo gracias con la mayor efusión. El noble caballero la miró antes de subir al coche, y díjole:

— Prométame usted, hija mía, que se cuidará y descansará, pues le aseguro que bien lo necesita.

— Sí... ahora podré ya descansar...

Y su sonrisa era tan triste, que el buen anciano la atrajo bruscamente á sí y besó sus mejillas.

— Ya sabe usted, amiguita mía, añadió, que si alguna vez me necesita, estoy y estaré siempre á su disposición.

Marta dió gracias con un movimiento de cabeza y sin atreverse á decir una palabra por temor de descubrirse. Nadie quedaba ya en el salón más que la señora de Ancel y la tía Aurelia, y por lo tanto podría ausentarse un momento para reponerse un poco antes de la marcha de los recién casados; pero en aquel instante detúvola un criado.

— Señorita, dijo, un caballero desea ver al señor barón de Ancel, y no sé dónde encontrarle.

— Debe haber subido al cuarto azul, donde he mandado que dejen su maleta. Avísele usted.

Después, pensando que quizás un amigo de Roberto que había llegado tarde para asistir á la boda venía á felicitarle, dirigióse al pequeño salón donde acababan de introducirle.

En aquel instante Roberto apareció en lo alto de la escalera.

— Mi cuñado baja ahora mismo, caballero, dijo Marta al recién venido.

Desde luego le llamó la atención cierta rigidez en la actitud del joven que tenía ante sí y que se inclinaba respetuosamente, y sin saber por qué, tuvo miedo. Roberto entró en aquel instante, precipitadamente, como deseoso de concluir pronto, y creyendo, en efecto, que el visitante era algún conocido suyo; mas al ver un extraño, sonrió ligeramente.

— Dispense usted, caballero, dijo; tal vez no sepa que acabo de casarme y que dentro de pocos minutos debo partir con mi esposa...

Roberto había dicho «mi esposa» con cierta alegre petulancia; Marta se estremeció involuntariamente, y el extranjero tomó una actitud severa.

— Dispense usted, caballero, repuso; ya lo sé, y he venido yo mismo para hacerle algunas preguntas... á fin de evitar un escándalo.

— ¿Cómo un escándalo?

Marta se había acercado pálida y ansiosa; todo lo comprendió al punto; la tempestad estallaba al fin.

Por toda contestación, el joven sacó de su bolsillo un objeto cuidadosamente envuelto en un papel, y retirando éste, enseñó un pequeño revólver, una verdadera alhaja, pero enmohecido ya y estropeado.

— ¿Reconoce usted esto?, preguntó.

Roberto tomó el arma, examinóla, y contestó después con la mayor naturalidad:

— ¡Ya lo creo! Es un revólver que mi madre me regaló, y hasta hizo grabar en él mis iniciales, según puede usted ver. ¿Cómo es que se halla en sus manos, caballero, y en tan lastimoso estado?

— Este revólver fué encontrado en un bosque cerca de la «Fuente de Virginia», y me ha sido presentado por un tal Isidoro Benoit, á quien se lo entregó un campesino, y se halla en este lastimoso estado porque desde el 20 de julio último estuvo oculto en una espesura entre la hiedra que cubre el terreno en aquel sitio. Como los arbustos estaban medio despojados de hoja, el aldeano vió por casualidad relucir el metal. El sitio de que hablo está cerca de la bifurcación de los dos senderos donde se encontró al capitán Bertrand.

— He aquí una cosa singular. ¿Quién ha podido robarme mi revólver? No comprendo nada.

Roberto estaba tan sinceramente perplejo y tan distante de sospechar la verdad, que el desconocido se impacientó un poco.

— En efecto, caballero, replicó, al parecer no comprende usted que soy el procurador de la República, y que vengo á prenderle como acusado de asesinato.

Roberto miró á su interlocutor, mudo de asombro.

— ¡Pero eso que dice usted es una insensatez!, exclamó.

— ¿Conque no sabe usted que hace más de un mes, desde que se desposó con la señorita Levasseur, se le acusa en todo el país de haberse desembarazado de un rival peligroso?

— ¡Ah!.. ¿Conque era eso?.. ¡Veamos, caballero, usted que es de nuestra sociedad y hombre de buena educación, debe comprender que esto es imposible, que eso no se sostiene, que no hay en el mundo jurado bastante estúpido para creer que yo, Roberto de Ancel, haya ido á ocultarme en un bosque con el objeto de disparar traidoramente un tiro á un joven á quien podía provocar lealmente en duelo!

— El jurado podría contestar que el capitán era un antagonista temible; que sus duelos tenían fama de ser muy desgraciados para los demás; que usted estaba loco de amor, y que los locos no saben bien lo que se hacen.

— Sí; pero usted que es hombre de honor, contestaría que no es posible. No negaré, sin embargo, que tuve una discusión con Bertrand.

— Sí, en la cual le amenazó usted; desgraciadamente, el diálogo fué oído.

— Provoqué al capitán y quedamos en que yo iría á fines de la semana á Trouville, donde encontraríamos un pretexto cualquiera para batirnos, á fin de no mezclar el nombre de la señorita Levasseur en todo este asunto. Esta es la verdad.

— A fe mía, caballero, que mi único deseo es obtener una prueba de su inocencia, en la cual estoy dispuesto á creer desde ahora, á fin de permitirle que se vaya. ¿Dónde estuvo usted el jueves, día en que la señorita de Levasseur, según parece, le esperaba en casa de unas amigas?

— ¿Dónde estaba?, replicó Roberto visiblemente turbado. No puedo decírselo.

— Es muy sensible, replicó el procurador con sequedad.

Marta se adelantó entonces y puso la mano sobre el brazo de Roberto. Este ligero ademán, dulce aunque poderoso, era el ademán de una mujer que ama, y al procurador le llamó mucho la atención.

— Lo que mi cuñado no puede decir á usted, caballero, yo se lo diré. En el momento mismo en que el capitán Bertrand debió ser asesinado, Roberto y yo hablábamos en el fondo del parque. Yo le había dado una cita, porque necesitaba decirle cosas graves.

Mientras decía esto, Marta miraba al procurador, y convenciéndose de que no la creía.

Sin embargo, con el tono más respetuoso preguntó:

— ¿No la vió á usted nadie, señorita, en el fondo del parque?

— Nadie, al menos que yo sepa. En la torre que habito hay una puertecilla que da al campo, y de la cual me sirvo yo sola, pues los criados tienen pocas ocasiones de pasar por allí.

— Dispéñeme usted, señorita, si la ofendo...; pero debo advertir que el señor de Ancel es amigo de usted desde la infancia, y hasta se dice en el país que se trataba de casar á ustedes. Hoy es su cuñado, y bien conocida es la ternura con que ama usted á su hermana. Por lo mismo debe comprender que en tales circunstancias el testimonio de usted necesita confirmación; y he aquí por qué me veo precisado á pedir una prueba, por ligera que sea...

En aquel momento oyóse la voz vibrante y alegre de Edmunda que gritaba: «¡Roberto, Roberto!»

Los tres se miraron consternados al pensar que aquella alegría iba á convertirse en desesperación. Edmunda, preparada ya para el viaje y luciendo un gracioso vestido azul oscuro, entró en la habitación precipitadamente, abotonándose los guantes.

— Vamos, señor esposo, exclamó. ¿Está bien que sea yo quien te busque? Diríase que soy yo quien se te lleva de aquí. ¿Te parece que tengo bastante aspecto de señora con esta pequeña capota?

Pero de repente, en aquel salón oscuro Edmunda divisó al procurador.

— Ya me han dicho, añadió, que había llegado un amigo tuyo cuando estaba concluida la fiesta; pero las felicitaciones son siempre oportunas.

Edmunda se interrumpió súbitamente en su rápida charla, algo nerviosa, y por instinto refugióse junto á su esposo, que la rodeó con sus brazos. Ya no buscaba protección junto á su hermana.

— Aquí ha pasado algo, dijo entonces. ¿Qué ha sido? Tengo derecho de saberlo, pues ya no soy una niña...

El procurador se adelantó de modo que ocultaba en parte á la hermana mayor.

— Señorita, dijo, me contrasta mucho turbar así tan hermosa fiesta; pero ha sido indispensable hacer algunas preguntas al Sr. de Ancel con motivo del asesinato cometido en el mes de julio último.

— ¡Ah! ¡No es más que eso!.., exclamó Edmunda, reponiéndose de un vago terror. ¿Se ha encontrado al asesino? ¡Qué felicidad!.. Me inspiran horror esos crímenes misteriosos en que no se conoce al culpable. Pues bien: supongo que Roberto ha contestado. ¡Vámonos; el coche nos espera, y no es cosa de que perdamos el tren!

— ¿Quiere usted permitirme interrogarla un momento á su vez?, preguntó el procurador.

— Ciertamente, pero le prevengo á usted que no tengo gran cosa que decir.

— ¿Esperaba usted al Sr. de Ancel aquel día en casa de sus amigas las señoritas de Robinsón?

— Sí, y por cierto que nos dejó plantadas.

— ¿Y no acompañó á usted su hermana?

— No; la pobre Marta tenía una jaqueca atroz, y yo la dejé en su otomana, bien abrigada. Al regresar la encontré en el mismo sitio y díjome que había dormido.

— ¿No cree usted que haya salido durante aquel tiempo?

— ¡Seguramente que no! Apenas podía levantar la cabeza, y cuando padece alguna de esas jaquecas no se mueve nunca.

— Sin embargo, dijo Marta con voz débil, bajé al parque.

— ¡Toma! ¿Y por qué no me lo dijiste?

— No pensé en ello, balbuceó la infeliz.

De nuevo Edmunda miró á unos y á otros, y sobrecogida nuevamente de terror, comenzó á temblar. Después casi en voz baja dijo á su esposo:

— Dime, Roberto... ¿qué sucede aquí? ¿Por qué no nos vamos? Estamos casados ya, hemos de hacer el viaje de boda, é iremos al país donde el sol calienta todavía. Aquí tengo frío... mira cómo tiemblo.

Roberto trató de sonreír no veía en el mundo nada más que aquel lindo ros-

tro de mujer, y sólo tenía un objeto: calmar sus angustias, tranquilizarla sobre lo que había pasado y lo que debía pasar.

— No te espantes, amada mía, contestó; aquí hay una mala inteligencia que no durará mucho ni puede durar, y ahora me es forzoso acompañar á este caballero para explicar algunos hechos relativos al asesinato.

— ¡Pero no piensas lo que dices; eso es imposible; eso sería el colmo del ridículo! Ya contestarás á la vuelta...

Sin hacer aprecio de los dos testigos de aquella escena, Edmunda rodeó con sus brazos el cuello de Roberto, tomando así posesión de su bien; mas el procurador, muy disgustado, apresuró el desenlace.

— Señora, dijo, siento mucho todo esto, pero el tiempo urge. Desgraciadamente se ha encontrado cerca del sitio donde el capitán Bertrand cayó un revólver que el señor barón de Ancel acaba de reconocer como suyo, y que por lo demás lleva sus iniciales.

Edmunda tembló más aún que antes, pero no desenlazó sus brazos.

— ¿Qué prueba eso?, dijo al fin valerosamente. Hemos visto muy bien Marta y yo cuán fácil es saltar desde el jardín al despacho de Roberto. Un malhechor habrá cogido el revólver; ya ve usted si esto es sencillo. Supongo que no es á Roberto á quien se acusa de semejante crimen...

Y como nadie contestase, Edmunda dejó escapar un grito terrible: había comprendido. Se llevaban á Roberto preso; y este era el viaje de boda tan soñado que debían hacer juntos á Italia, el país de los enamorados.

Roberto se desprendió suavemente de los brazos de su esposa y volvióse hacia la hermana mayor.

— Tómala, Marta, dijo, y cuida bien á mi pequeña esposa...

Para ella, para Marta, cuyo semblante descompuesto tenía una expresión cien veces más trágica que la del lindo rostro de Edmunda, no tuvo una palabra de compasión, y solamente añadió:

— Ya explicarás todo lo que ocurre á mi madre y la consolarás. No será cuestión más que de algunos días. Caballero, estoy á las órdenes de usted.

— ¡Pero yo no quiero, yo no quiero!.. exclamó Edmunda, dejando escapar un sollozo y forcejeando en los brazos de su hermana.

Los dos hombres salieron rápidamente.

Marta debió cuidar á Edmunda presa de un ataque de nervios, y consolar después á la madre de Roberto, que estaba medio loca y no podía comprender lo que había ocurrido.

Ocupada en estos dos deberes, Marta no tuvo tiempo de pensar en sí.

Hasta mucho después, cuando al fin se halló sola en su habitación, mientras Edmunda, agotadas sus fuerzas, dormía con el sueño de un niño, no trató Marta de darse cuenta de lo que había pasado.

Para salvar á Roberto había confesado su entrevista con éste, que él, más que ella, tenía empeño en ocultar, y no había sido creída; su palabra, á la cual no faltó jamás, no era suficiente... ¡Se la exigen pruebas!..

¿Dónde encontrarlas? Bien sabía que nadie la vió; que el sitio en que diera la cita á Roberto estaba aquel día completamente solitario, como de costumbre. ¡Ah! ¡Cuántas torpezas más temibles que crímenes se cometen á menudo cuando sólo se trata de hacer bien!.. Si Roberto hubiese ido aquel día, como Edmunda lo deseaba, á la reunión de las americanas, ni siquiera se hubiese pensado en molestarle.

Marta paseaba de un lado á otro en su gabinete, sin poder estar quieta en un sitio y sin hacer un esfuerzo para conciliar el sueño, que seguramente se alejaría de sus párpados. Sus miradas vagas fijáronse por casualidad en el pequeño escritorio, y recordó que el día en que no pudo entregarse al reposo, como la sucedía entonces, había escrito...

Después permaneció de pronto inmóvil, cual si estuviese petrificada; sentíase enferma y temía caer. Las palabras del procurador resonaban en su oído aún: «Una prueba, por ligera que sea...»

Y esta prueba estaba allí encerrada en aquel gracioso mueble.

Marta cayó de rodillas, prosternada, y repitió como poseída de un acceso de locura:

— ¡No, no; eso nunca: bien sabéis, Dios mío, que no puedo hacerlo... que no podré jamás!..

### XIII

A la alegría sucedía la desesperación; al ruido, el lúgubre silencio.

Edmunda, casi enferma, permaneció en cama, rehusando hablar, comer y moverse; en su dolor había una mezcla singular de irritación nerviosa y de sorda cólera. La señora de Ancel, que se había quedado en el castillo, sobrecogida de miedo ante la idea de encontrarse sola en su casa, parecía incapaz de dar paso alguno, y no hacía más que orar, derramando copioso llanto.

Lo primero que hizo Marta fué ir á ver á su antiguo amigo el marqués, que salió á recibirla ofreciéndola sus dos manos.

— Sí, señor marqués, le dijo, ya sé que nos compadece usted mucho; pero ahora necesito algo más que piedad. Usted me ha dicho que podía contar con su ayuda, y con ella cuento ahora. En el castillo no tengo á mi lado más que mujeres, y ninguna de nosotras entiende la menor cosa en esos asuntos; encárguese usted de nuestra causa, obre como si fuera un pariente de mi familia y defienda el honor de ese infeliz Roberto, tan abominablemente acusado. ¡Es necesario que le salvemos, es preciso!

— Tranquilícese usted, hija mía, contestó el marqués; ningún juzgado le condenará por simples habladurías de pueblo y por haber encontrado un arma. Si hubiese cometido el crimen, lo primero que habría hecho hubiera sido colocar de nuevo el revólver en el sitio donde estaba antes, después de limpiarlo cuidadosamente...

— Admito que se le devuelva su libertad; pero si no se encontrase á tiempo el verdadero criminal, ó si, añadió Marta cambiando de tono..., ó si no se produjese alguna prueba irrecusable de su inocencia, siempre pesará sobre él en nuestro país esa monstruosa acusación. Muchas personas dirán: «¡Quién sabe!..» Y es preciso que no suceda así. Roberto debe salir de esa prueba con la cabeza bien alta; tiene ante sí un hermoso porvenir; puede hacer un trabajo útil y ser feliz, y esta perspectiva desaparecería para Roberto. ¡Esto no es posible, esto no será!

El marqués reflexionaba, y de pronto sacó su reloj.

— Tengo tiempo de sobra, dijo. Dentro de una hora marcharé á París; iré á

ver á un abogado, el que me aconseje un antiguo amigo mío muy entendido en la materia, y después obtendré, de los magistrados el permiso para que la señora de Ancel y Edmunda puedan visitar al preso... ¿Quedaría usted satisfecha de mí con esto?

— Sí; y gracias, mil gracias; pero sobre todo, que se hagan todas las pesquisas posibles para descubrir al culpable. Inútil me parece añadir que no habrá sacrificio alguno que no hagamos...

— Esto, querida Marta, es asunto del tribunal; mas no la ocultaré que no tengo gran esperanza de que la información conduzca á este resultado. La primera vez se hicieron pesquisas que fueron inútiles, largo tiempo ha; entre el momento del crimen y aquel en que se descubrió transcurrieron diez y seis ó diez y ocho horas; y como del Havre, muy próximo, salen muchos carros, y el asesino tenía dinero, puesto que lo robó á su víctima, pudo escapar fácilmente. Esto es lo mismo que buscar una aguja en un pajar. No; debemos cifrar nuestra esperanza en una hábil defensa y en los antecedentes sin tacha de Roberto de Ancel.

El marqués despidió con esto á Marta, pues apenas le quedaba tiempo si quería tomar el tren de la mañana. La señorita de Levasseur había hecho todo cuanto dependía de ella, y ahora debía limitarse á esperar, comunicando á los otros un poco de su propio valor. ¡Ah! ¡Cuánto hubiera dado por obrar de por sí, verse en la precisión de ir y venir, y olvidar de este modo, aunque sólo fuese por un instante, aquella idea que no la abandonaba, la del sacrificio posible y hasta probable que la esperaba!

No se atrevía á mirar su diario, ni osaba recordar cuanto en él había escrito; mas no ignoraba que en el abandono de su absoluta seguridad había patentizado en él sus luchas, sus más secretos pensamientos, su triste amor, que con tanto cuidado ocultó siempre y que en las páginas de su libro revelábase palpitante entre sollozos. ¡Ella, que hacía meses no había tenido más afán ni otro propósito que ocultar su secreto! Y este triste secreto llegaría á ser presa de un público ávido de nuevas sensaciones, se revelaría á la curiosidad de todos, y de esta manera Edmunda conocería la verdad, mientras que Roberto sabría que ella le había amado y le amaba siempre... ¡Esto no era posible! Jamás podría consentir en ello, jamás intentaría descubrirse, ni aun para salvar á un ser querido! ¡También el alma tiene su pudor!

Pero Marta no quería pensar en esto. Seguramente se encontraría al culpable; érale dado enviar agentes en su persecución; el tribunal haría sus averiguaciones y ella también las suyas. Con dinero, mucho dinero, obtiéndose resultados admirables algunas veces. El marqués por su parte había prometido al despedirse ver si se podía intentar algo de esto...

Aquel asunto tuvo gran resonancia, pues no tan sólo se trataba de un acusado perteneciente á muy buena familia, de un hombre ventajosamente conocido ya por sus trabajos, sino que las circunstancias de su detención comunicaban un interés más picante á la historia.

Los gacetilleros de la prensa dieron cuenta del hecho á su modo: supose que la joven casada era hija de una actriz que durante largo tiempo había sido la delicia de la sociedad elegante de París; en los artículos de sensación intercaláronse muchas anécdotas más ó menos verdaderas; los diarios, faltos de material hasta que se abrieron las Cámaras, entretuvieron en comentar el tema á su antojo, y el hermano de la víctima llegó á ser de pronto un personaje de importancia. Se hizo su retrato, poco parecido, pero muy patético, llorando aún la muerte del hermano menor, ansioso de venganza y pidiendo justicia á gritos. El Sr. Bertrand acabó así por aceptar el papel que se le prestaba, persuadiéndose de que su apatía no fué nunca en realidad más que aparente, y que desde el primer careo con Roberto de Ancel éste le inspiró sospechas.

En el castillo se recibían pocos diarios, y Marta hubiera querido suprimirlos todos; pero Edmunda los reclamaba, pedía otros muchos y los leía todos, entregándose después á un acceso de indescriptible y furiosa rabia.

Después, cuando ya no se habló del asunto, esperándose el proceso, aquel silencio fué casi más penoso para ella; quejábbase de no saber lo que pasaba, y pareciale que el marqués, á pesar de todo su celo, no procedía con el acierto necesario.

Y en el reducido círculo de las cuatro mujeres, pues la señora de Ancel, aunque anunciaba cada día su marcha, permanecía aún en el castillo, no se hablaba más que del desastre. Todos los amigos se habían apresurado á presentarse para ofrecer sus servicios, ó por lo menos su buena voluntad; y á fuerza de hablar una y otra vez del asunto, revolviendo en todos sentidos esta triste historia, se acabó por acostumbrarse á ella, por no temer ya como en los primeros días encontrar una mirada de desprecio ú oír una palabra malsonante de curiosidad ó de compasión. A todo se acostumbra uno en este mundo, y poco á poco la vida sigue su curso habitual. Por lo pronto esperábase un permiso, prometido desde luego, pero que no llegaba nunca, para visitar al preso.

Los vecinos del campo se fueron marchando unos tras otros; el otoño se presentaba frío y triste, y muy pronto se dejó sentir el aislamiento.

Cierto día, no mucho tiempo después de la detención de Roberto, Edmunda, que había permanecido silenciosa largo rato con un bordado en la mano, dijo de pronto á su hermana:

— Jamás he comprendido, Marta, por qué dijiste al procurador que el día del crimen, aquel en que te dejé tan enferma, habías bajado al parque...

Marta se estremeció; hacía mucho tiempo que esperaba estas palabras; pero después pensó que en la emoción violenta que había sufrido, Edmunda olvidaría tal vez un incidente del que nada debía comprender. Sin embargo, la hermana mayor había resuelto decir la verdad en caso necesario, ó por lo menos parte de ella, puesto que al fin sería preciso revelarla; pero dejó transcurrir un instante antes de contestar con grave expresión:

— Lo dije porque, en efecto, había bajado al parque.

— ¿Y qué podía importarte al procurador que te hubieses paseado ó no?

Marta había palidecido de tal manera, que las tres mujeres la miraron con creciente asombro.

— Escucha, Edmunda, repuso, yo no hubiera querido hablarte de esta... salida... pues siempre temo que en las cosas más sencillas veas algo que te alarme. Yo había observado, como todo el mundo, las atenciones muy significativas de Roberto, y quise interrogarle. Yo tenía un cargo de conciencia; quise desempeñar el papel de madre, del que me encargué desde tu llegada, y en su consecuencia dí una cita á Roberto en el fondo del parque. En el momento en que se cometió el crimen, los dos estábamos sentados al pie de la cruz de piedra.

Edmunda se había levantado.

(Continuará)



## LA CRONOFOTOGRAFÍA

NUEVO MÉTODO PARA ANALIZAR EL MOVIMIENTO EN LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

Las ciencias progresan en razón de la precisión de sus métodos y de sus instrumentos de medición. La balanza, el termómetro, el manómetro han proporcionado a la Física y a la Química la precisión que hoy admiramos en ellas. Estos diferentes instrumentos

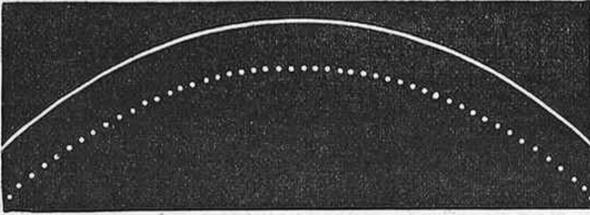


Fig. 1. Trayectorias sencilla y cronofotográfica de una bola brillante que se mueve sobre un fondo oscuro

expresan el valor estático de las fuerzas que están llamados a medir; la balanza indica el peso actual de un cuerpo equilibrándolo con pesos conocidos; el manómetro equilibra a su vez la presión del gas por la de una columna de mercurio.

Pero estos instrumentos serían incapaces, en su forma primitiva, de marcar las variaciones que ocurren a cada instante en el peso de un líquido que se evapora y en la presión de un gas cuya temperatura se cambia. Así por ejemplo, para medir las variaciones que sobrevienen en la intensidad de las fuerzas físicas, ha sido preciso crear nuevos instrumentos llamados *inscriptores* ó *anotadores*, merced á los cuales se obtienen, en forma de curvas más ó menos sinuosas, la expresión de los cambios de peso, de presión, de temperatura, de tensión eléctrica, etc. Con ellos estudian los meteorologistas en cada punto del globo las variaciones del estado de la atmósfera, los fisiologistas anotan los cambios más delicados de la presión de la sangre, de la fuerza de los músculos, de la temperatura de los órganos.

Pues bien: todos los cuerpos de la Naturaleza presentan *caracteres exteriores* acerca de los cuales nos informa nuestra vista, con tal que estos caracteres no varíen de modo que hagan la observación imposible. Se puede apreciar exactamente en su estado estático la forma de los cuerpos, sus dimensiones, su posición en el espacio, y aun sabemos desde tiempo inmemorial representar por el dibujo estos caracteres exteriores. Pero tan laboriosa representación de los objetos es á menudo insuficiente, porque no es posible mostrar sino en estado de reposo muchos de los que varían de forma ó cambian de lugar constantemente.

La fotografía ha venido á perfeccionar la representación de los objetos inmóviles; nos da sus imágenes

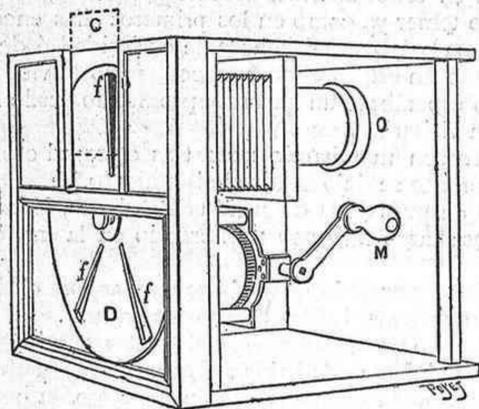


Fig. 2. Disposición del aparato para la cronofotografía sobre placa fija y fondo oscuro

con los detalles más delicados; sabe reducir ó agrandar su dimensión á una escala determinada y con una precisión á la que no podría llegar otro método. Por esto es el auxiliar más poderoso para ciertas ciencias, y las naturales, por ejemplo, no pueden prescindir de su concurso; tanto es así, que el eminente astrónomo Janssen ha calificado con mucho acierto las propiedades de la placa fotográfica dándole el nombre de retina del hombre de ciencia.

Pues bien: esta retina maravillosa que percibe en rapidísimo instante el aspecto de los cuerpos en su estado estático ó de inmovilidad, y que estampa estos caracteres de un modo inmutable, ¿puede sorprender

y estampar del mismo modo los caracteres del movimiento? ¿Pueden relacionarse de algún modo los aparatos fotográficos á la serie de aparatos inscriptores que marcan los fenómenos de la Naturaleza en los que las fuerzas están siempre en acción, la materia siempre en movimiento?

Hoy podemos responder afirmativamente á esta pregunta, y esperamos demostrar que la fotografía, aplicada de cierta manera, da nociones del modo más exacto acerca de los movimientos que nuestra vista no puede percibir por ser demasiado lentos, sobrado rápidos ó muy complicados. Este método que vamos á describir es la *Cronofotografía*, nombre adoptado por el Congreso internacional de fotografía reunido en París en 1889.

Si se considera la propiedad fisiológica del ojo humano, se ve que este órgano representa, desde el punto de vista dióptrico, un aparato fotográfico con su objetivo y su cámara oscura; los párpados forman el obturador, mientras que la retina, en la cual se imprimen las imágenes reales de los objetos exteriores, constituye la placa sensible.

Esta retina goza hasta cierto punto de las propiedades de la placa fotográfica; Boll ha demostrado que en su superficie se forman imágenes que á veces persisten algunos instantes en la retina de un animal recién muerto, de suerte que la visión consistirá en la percepción que tenemos de imágenes fotografiadas en nuestro ojo. Estas imágenes, lejos de ser permanentes como las de los aparatos fotográficos, son fugitivas; sin embargo, persisten algunos momentos, prolongando así la duración aparente del fenómeno que las ha dado origen. Esta propiedad de la retina nos permitirá estudiar cómo una imagen fotográfica puede representar un movimiento.

Si estamos en un recinto oscuro, de suerte que no haya nada que ponga en acción la sensibilidad de nuestro ojo, salvo un punto luminoso ó un objeto vivamente iluminado, la imagen de este punto ó de este objeto se retratará en nuestra retina y conservaremos aún su impresión algún tiempo después de haber desaparecido el foco de luz. Se ha estampado en nuestro ojo la imagen de un objeto en estado estático, esto es, de inmovilidad. Esta operación es idéntica á la que efectuamos sacando, por medio de nuestros aparatos, la fotografía de un objeto inmóvil. Pero si el punto luminoso cambia rápidamente de lugar á nuestra vista, conservaremos algunos segundos una impresión más compleja, la del trayecto seguido por el objeto en el espacio. Cuando un niño agita una varilla cuya punta está incandescente y se entretiene en ver la cinta de fuego que parece ondular en el aire, lo que hace es fotografiar en realidad en su retina la *trayectoria* de un punto luminoso; esta trayectoria no es muy larga, porque la retina no conserva mucho tiempo las impresiones recibidas. En semejante caso, una placa fotográfica daría la imagen entera y permanente del camino recorrido por el punto luminoso; sin embargo, todavía no es la expresión completa del movimiento, puesto que esta imagen no representa más que las posiciones sucesivas ocupadas por el punto luminoso, abstracción hecha de la duración de su recorrido.

Para patentizar completamente los caracteres del movimiento, sería menester introducir en la imagen la *noción de tiempo*; lo cual se consigue haciendo obrar la luz de un modo intermitente y á intervalos de tiempo conocidos.

Así por ejemplo, si parpadeamos de un modo intermitente, verbigracia, dos veces por segundo, mientras recibimos la impresión retiniana, la imagen de la cinta de fuego que se pintase en nuestro ojo presentaría interrupciones, y el número de las contenidas en cierta longitud de la trayectoria luminosa expresaría en medios segundos el tiempo que el móvil ha invertido en efectuar este trayecto. Tales son precisamente las condiciones de la cronofotografía.

Vamos á explicar de un modo sucinto sus métodos y sus principales aplicaciones.

## MÉTODOS

## I.—CRONOFOTOGRAFÍA SOBRE PLACA FIJA

Supongamos que se enfoca un aparato fotográfico sobre un fondo ó campo oscuro, y que destapado el objetivo, se lanza delante de este campo una bola

brillante iluminada por el sol, de tal suerte que la imagen de esta bola impresione sucesivamente varios puntos de la placa sensible. En esta placa resultará una línea continua (fig. 1) trazada por la curva superior que representará exactamente la trayectoria seguida por el cuerpo brillante. Si repetimos el experimento dando entrada á la luz en la cámara oscura de un modo intermitente y á intervalos de tiempo iguales, obtendremos una trayectoria discontinua (curva inferior de la misma figura), en la que estarán representadas las posiciones sucesivas del móvil en los instantes en que se han efectuado las entradas de la luz: es la curva cronofotográfica.

Este método supone que el espacio de tiempo que separa dos imágenes sucesivas ha de ser siempre el mismo y conocerse exactamente su valor. Para obtener las mejores imágenes posibles es menester que el objeto esté vivamente iluminado y el fondo sobre el cual se destaque perfectamente oscuro; además la duración de las admisiones de luz debe ser muy corta y los intervalos entre dos iluminaciones sucesivas enteramente iguales.

La fig. 2 representa la disposición sucesiva que habíamos dado al aparato cronofotográfico. Se hace girar por medio de un manubrio un disco con ranuras D, cuya rotación estaba regulada y perfectamente uniformada con un regulador. La placa sensible se introducía con su marco ó chasis c en el foco del objetivo O. A cada paso de una ranura (f), esta placa recibía una imagen que representaba el objeto iluminado, con su forma y posición actuales. Pero como este objeto modificaba su posición entre dos imágenes sucesivas, resultaba una serie de imágenes á las

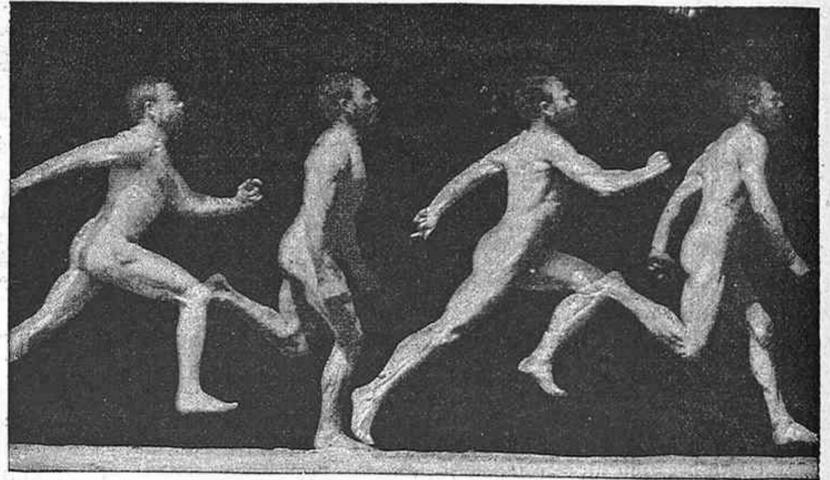


Fig. 3. Hombre que corre. Cronofotografía sobre fondo oscuro

de la bola (fig. 1), que indicaban las actitudes y las posiciones sucesivas del objeto en movimiento. El intervalo entre las imágenes estaba perfectamente regulado á  $\frac{1}{10}$  de segundo; la duración de las iluminaciones era de  $\frac{1}{500}$  de segundo, y por último, había una regla métrica con su graduación colocada delante del campo oscuro, en el mismo plano que el objeto fotografiado. La imagen de esta regla, reproducida en la placa sensible, servía de escala para medir el tamaño real del objeto y los espacios que había recorrido en cada décimo de segundo.

La imagen así obtenida daba con toda la precisión de un plano geométrico las dos nociones de espacio y de tiempo que caracterizan todo movimiento. Sin embargo, estas dos nociones que se trataba de conciliar en la cronofotografía son en cierto modo incompatibles entre sí, y para obtener las dos hay que recurrir á ciertos artificios, como vamos á ver.

Para una misma velocidad de traslación, si el objeto estudiado ocupa poca superficie en el sentido del movimiento, se puede recoger gran número de imágenes de él sin que se confundan sobreponiéndose. En este caso se halla el proyectil de que antes hablábamos. La noción de tiempo es, pues, muy completa cuando la del espacio está restringida.

Pero si tomamos las imágenes sucesivas de un hombre que anda, la noción de espacio es más completa; cada imagen ocupa una extensa superficie, é informa acerca de las posiciones que adquieren el cuerpo, los brazos y las piernas. Pero por lo mismo que cada imagen ocupa más espacio, el número de ellas que se puede tomar es menor, de lo contrario habría confusión por superposición de estas imágenes.

Fotografiado un animal grande, un caballo por ejemplo, el número de imágenes deberá ser muy limitado, porque la longitud de cada una de ellas, medida en el sentido del movimiento, es muy grande y habría superposición.

(Continuará)

NUEVA PUBLICACIÓN

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

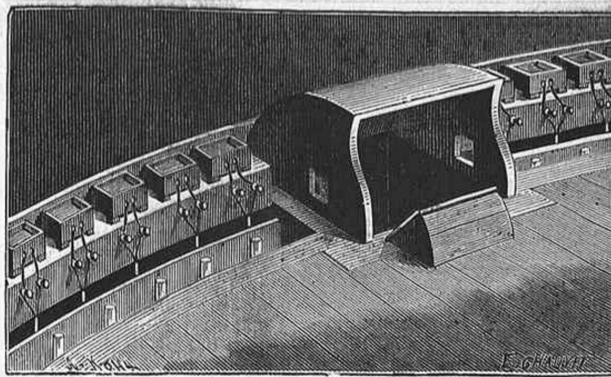
TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

*Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas*

El erudito escritor, cuyo reciente fallecimiento lloran los amigos de la ciencia, trazó en esta obra un cuadro fiel de todos los fenómenos de la Naturaleza que se relacionan con la física del globo, pero con tal sencillez, en estilo tan ameno y tan claro á la vez, que bien puede calificarse su trabajo de obra verdaderamente popular. Siguiendo en él el plan admitido por cuantos de la ciencia física han escrito, lo divide en varias secciones principales, en cada una de ellas se enuncia la ley que preside á los fenómenos de que trata, el descubrimiento de estas leyes y las aplicaciones de cada una de las fuerzas físicas descubiertas y conocidas.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la Gravedad explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y



Muestra de los grabados de la obra - Audiciones telefónicas teatrales

esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del Sonido agrega una enumeración de todas las aplicaciones de la Acústica y de los instrumentos musicales. La Luz da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El Magnetismo y la Electricidad proporcionan ancho

campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el Calor nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la Meteorología se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La presente obra formará 3 tomos de regulares dimensiones, divididos en unos 20 cuadernos cada uno, los que procuraremos repartir semanalmente.

Cada cuaderno constará de 40 páginas de texto, al precio de 50 céntimos de peseta; pero en el caso de que lo desearan los suscriptores ó de que por activar la terminación de la obra se juzgase oportuno, estos cuadernos constarán de 80 páginas, á peseta cada uno.

Además de los grabados intercalados en el texto, ilustrarán la obra magníficas láminas tiradas en colores, representando algunos de los fenómenos más notables de la Física, así como mapas en que se expongan las variaciones atmosféricas ó otras que afectan á la constitución del globo.

Cada una de estas láminas ó mapas equivaldrá á 8 páginas.

Por el primer cuaderno, que se halla de muestra en casa de nuestros corresponsales, se podrá juzgar del inusitado lujo con que ofrecemos al público esta nueva obra.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BU BARRAL  
 disponen casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTITION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION  
 EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 para ó mezclada con agua, disipa  
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES  
 Limpia y conserva el cutis limpio y bello

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART. EN 1856  
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de  
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
 1867 1872 1873 1878 1878  
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
 GASTRITIS - GASTRALCIAS  
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS  
 FALTA DE APETITO  
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
 BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
 y en las principales farmacias.

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecções del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.  
 Empleado con el mejor éxito

**Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

**Ergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN**  
 HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyeccion ipodermica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.  
 Medalla de Oro de la Sa<sup>d</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris.  
 LABELONYE y C<sup>a</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo la Firma  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**LA SAGRADA BIBLIA**  
 EDICIÓN ILUSTRADA  
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas  
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecções del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo la Firma de J. FAYARD.  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ELIXIR DE PROTOCLORURO DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS DE VIVAS PÉREZ**

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.  
**VINO FERRUGINOSO AROUD**  
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE  
**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecções escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energía vital.  
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.  
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS  
**EXIASE el nombre y la firma AROUD**

Recetado por verdaderas eminencias, no tiene rival y es el remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles. Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.  
 PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.—MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA  
 De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.  
 Depósito general: ALMERIA, Farmacia VIVAS PEREZ

**VELOUTINE FAY** POLVO DE ARROZ EXTRA  
 preparado con bismuto  
 por Ch. Fay, perfumista  
 9, Rue de la Paix, PARIS  
 El mejor y mas célebre polvo de tocador



VISTA GENERAL DE VIGO (de fotografía de J. Prieto)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, Paris. — Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

**PAPEL WLINSI**

Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.**, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 81, Rue de Seine.

**Jarabe Laroze**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE  
al **Bromuro de Potasio**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

**PILULE DE BLANCARD**  
A L'IODURE FER  
INALTERABLE

APPROUVÉES PAR L'ACADÉMIE DE MÉDECINE ET LE MINISTÈRE DES AFFAIRES ÉTRANGÈRES

DE BLANCARD  
SIROP  
D'IODURE DE FER  
INALTERABLE

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.º FRANCK**

Querido enfermo. — Fíese Vd. à mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS DE SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS  
ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1 fr. 30.

**APIOL**  
de los D.ºs JORET & HOMOLLE

El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las Epocas, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, unico eficaz, es el de los inventores, los D.ºs JORET y HOMOLLE.

MEDALLAS Exp.º Univ.º LONDRES 1862 - PARIS 1889  
Fabi BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causanico que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente à volver à empezar cuantas veces sea necesario.

Participando de las propiedades del Iodo y del Hierro, estas Pildoras se emplean especialmente contra las Escrofulas, la Tisis y la Debilidad de temperamento, así como en todos los casos (Pálidos colores, Amenorrea, &c.), en los cuales es necesario obrar sobre la sangre, ya sea para devolverla su riqueza y abundancia normales, ó ya para provocar ó regularizar su curso periódico.

Blancard Farmacéutico, en Paris, Rue Bonaparte, 40

N.B. El ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y de autenticidad de las verdaderas Pildoras de Blancard, exigir nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma puesta al pié de una etiqueta verde y el Sello de garantía de la Unión de los Fabricantes para la represión de la falsificación.

\*SE HALLAN EN TODAS LAS FARMACIAS

**CARNE y QUINA**  
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

**VINO AROUD con QUINA**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante per excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

**LICOR LAVILLE GOTA**  
del D.º REUMATISMOS

Específico probado de la GOTA y REUMATISMOS, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.

F. COMAR & HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS  
VENTA POR MENOR. — EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emulsion de PILEVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN